

A man in a white shirt is embracing a woman in a red dress from behind. They are standing in a garden with a stone wall and a tree in the background. The woman is looking back at the man. The title text is overlaid on the image.

Escandalizada por el beso de un canalla

Amanda Mariel

Escandalizada por el beso de un canalla

CONECTADOS POR UN BESO

AMANDA MARIEL

TRADUCIDO POR
DIANA ZAMORA CUESTA

Índice

[Sobre Amanda Mariel](#)

[Otras Obras de Amanda Mariel](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Epílogo](#)

[extracto](#)

[Capítulo 1](#)

[Agradecimientos](#)

Sobre Amanda Mariel

Amanda Mariel, consumada escritora, posee un máster doble en artes liberales y educación, especializado en los cautivadores ámbitos de la historia y la literatura. Más allá de sus actividades académicas, se dedica al alegre caos de la maternidad, cuidando tanto de sus queridos hijos adolescentes como de su trío de adorados bebés peludos. Entre ellos, un noble boyero de Berna llamado Blaze, y dos gatos de marcado carácter, Ezra y Puff, comparten su hogar.

La autora de renombre de *USA Today*, conjura vívidos tapices de épocas de antaño, inspirándose en la lánguida cadencia de días pasados. Con la pluma en ristre y la imaginación desplegada, recorre los anales del tiempo, tejiendo relatos que iluminan paisajes históricos con delicadeza y estilo. Su espíritu creativo encuentra un respiro en la lectura, recorriendo nuevos horizontes a través de viajes y capturando momentos a través del objetivo de su cámara y de sus esfuerzos artísticos. Sin embargo, es en el abrazo de la familia donde encuentra su verdadero santuario.

Para profundizar en el cautivador mundo de Amanda, visita www.amandamariel.com. Una vez allí, la invitación a unirse a su boletín promete una puerta de entrada al último tesoro literario de Amanda Mariel, y la oportunidad de solicitar un libro electrónico gratuito.

La pasión de Amanda se extiende a sus lectores, acogiendo sus voces e historias en su reino narrativo. Ponte en contacto con ella por correo electrónico en amanda@amandamariel.com, o a través de sus redes sociales.

Entre la prosa y el pergamino, Amanda Mariel graba una profunda conexión, tendiendo puentes entre épocas, corazones y mentes, creando un legado que resuena a través de los pasadizos del tiempo.

Otras Obras de Amanda Mariel

Damas Y Canallas

Planes escandalosos
Intenciones Escandalosas
Redención escandalosa
El Escándalo de la Solitaria
Aventura Escandalosa
Bailando con Serendipity

Amor legendario

Encantada por el Conde
Cautiva Del Capitán
Atraído por Lady Elianna
Encantada por el Duque

El Club de los Condes Picaros

Conde de Grayson
El Conde De Earlmores
El conde de Stone

Conectada por un beso

Cómo besar a un canalla
Robándole Un Beso A Un Pícaro
Escandalizada por el beso de un canalla

El credo de la arquera dama

Georgina
Josephine

Del escándalo al Amor

Quiéreme
Si Es Amor
Creer en el Amor
Amor y santidad

Destinada a un canalla

La insensatez de Olivia
El destino me dio un duque
El conde de Stone
Quién necesita a un duque
Un canalla para conquistar

El beso de un pícaro
Su Perfecto Demonio

Un Romance de Castillo
Por Siempre en tus Brazos

Novelas románticas históricas

Un beso encantador
Navidad en los Brazos del Duque
Una cita bajo la luna
Una Navidad Retorcida
Tentadora Seducción
Por siempre, mi pícaro

Uno

El pintoresco pueblo inglés yacía bajo un manto de nieve recién caída y sus evocadoras calles empedradas brillaban bajo el suave resplandor de las temblorosas lámparas de gas. Un suave silencio se había apoderado de la aldea mientras los copos de nieve seguían cayendo lentamente del cielo, acariciando los aleros y los alféizares de las encantadoras casitas que bordeaban las calles. En el centro de todo se alzaba la posada Rosewood, un refugio cálido y acogedor para resguardarse del frío de la noche invernal. La luz dorada se derramaba a través de las ventanas cubiertas de escarcha, atrayendo a los viajeros cansados al abrazo de su acogedor interior.

Un carruaje elegante se detuvo delante de la posada y la puerta se abrió para mostrar a Skye Campbell, condesa de Hampton. Una impresionante imagen de belleza enérgica, con sus rizos dorados cayendo en cascada por debajo de su gorro de piel y enmarcando sus rasgos de porcelana con un halo etéreo. El brillo travieso de sus ojos de zafiro prometía aventuras aún por descubrir, mientras que sus labios sonrosados se curvaban con un atisbo de sonrisa, testimonio de su rápido ingenio.

—Cochero, tenga cuidado con mis maletas —exclamó, con una voz cadenciosa teñida de calidez y humor, mientras pisaba suavemente el pavimento nevado—. No me gustaría que ninguna de ellas sufriera daños durante este tramo final de nuestro viaje.

—Por supuesto, milady —respondió el cochero, inclinando la cabeza respetuosamente mientras se afanaba en descargar los numerosos baúles y sombrereras de la dama.

Con la gracia y el aplomo de una debutante experimentada, Skye sorteó los traicioneros adoquines, con su vestido de terciopelo verde esmeralda ondeando suavemente a su alrededor como un susurro de primavera en medio del paisaje invernal. A medida que se acercaba a la entrada de la posada, no pudo evitar maravillarse ante el pintoresco encanto de su entorno, y sus pensamientos vagaron un instante hacia la perspectiva de pasar una noche agradable en aquel idílico rincón del mundo.

—¡Ah, lady Hampton! —exclamó el posadero mientras se apresuraba a abrirle la puerta—. Bienvenida a la posada Rosewood. Estábamos esperando su llegada. Nos complace enormemente que continúe con la tradición tras el fallecimiento de su querido esposo.

—Gracias —respondió ella, su voz un melodioso trino mientras entraba en la calidez de la bulliciosa posada—. No podría imaginarme hacer el viaje a Yorkshire sin una estancia en la posada Rosewood.

El animado parloteo de los huéspedes de la posada resonaba en el ambiente, caldeados por el titilante resplandor de las velas y el crepitante fuego de la chimenea. El ambiente festivo era contagioso, e incluso Skye no pudo evitar sentirse afectada por el espíritu alegre que parecía

impregnar cada rincón de la habitación.

—Qué agradable, ¿verdad? —musitó ella, sin dirigirse a nadie en particular, mientras contemplaba la escena—. No hay nada como la Navidad en el campo para levantar el ánimo.

—Por supuesto, milady —coincidió el posadero, con los ojos brillando con una mezcla de diversión y orgullo—. La temporada ha llegado. ¿Puedo preguntarle por la duración de su visita? Confío en que no esté simplemente de paso por nuestro humilde pueblo.

—Ah, bueno, verá —empezó Skye, con las mejillas sonrojadas con un delicado tono rosado al recordar el verdadero motivo de su visita—. Voy de camino a pasar las Navidades con mi familia en Yorkshire. Mi hermano acaba de regresar de sus viajes por el extranjero, y nos reuniremos todos en nuestra casa solariega para celebrar juntos las fiestas.

—Ah, una Navidad en familia —exclamó el posadero, con el rostro iluminado al comprender—. Qué acontecimiento tan maravilloso. Es un honor tenerla como huésped, aunque solo sea por una noche, lady Hampton.

—Gracias, señor —respondió ella amablemente, con una sonrisa radiante al agradecer sus amables palabras.

A continuación, Skye entró en la sala principal de la posada, y su porte y elegancia llamaron inmediatamente la atención de quienes la rodeaban. Un murmullo colectivo se extendió entre los presentes cuando se percataron de la hermosa y enérgica joven que acababa de entrar.

—¿Quién es esa criatura tan encantadora? —susurró una dama a otra, con los ojos muy abiertos por la admiración.

—Seguro que la reconoces —respondió alguien, por lo bajo—. No es otra que lady Hampton, conocida por su belleza e ingenio en la sociedad londinense.

—¡Ah, sí! Había oído que iba a honrar nuestro humilde pueblo con su presencia —suspiró la primera dama, siguiendo con la mirada a Skye mientras esta se movía con elegancia por la sala, intercambiando galanterías y encantadoras sonrisas con aquellos con los que se cruzaba—. Cuesta creer que una mujer tan joven y vivaz sea viuda.

Sin embargo, los pensamientos de lady Skye no se centraban en la admiración que había suscitado su entrada, sino en la expectativa de reunirse con su familia después de tanto tiempo separados. Mientras se acomodaba en un cómodo sillón cerca del fuego, se permitió un momento para perderse en sus pensamientos, con la mente llena de imágenes de alegres abrazos y veladas llenas de risas junto al tronco de Navidad. Pronto estaría en casa.

—Navidad en Yorkshire —murmuró en voz baja, con los ojos azules brillantes de emoción y anhelo—. Por fin, la oportunidad de estar rodeada de los que más quiero en este mundo.

Skye, consumida por las festividades que se avecinaban, se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta para comprobar su equipaje. No se percató de la alta figura que acababa de entrar en la posada, con sus tempestuosos ojos azules escrutando la habitación mientras se quitaba unos cuantos copos de nieve de su cabello dorado.

—¡Uf!

La exclamación brotó de los labios de Skye cuando chocó contra el recién llegado y su elegante figura tropezó con su pecho firme. El equipaje se le escapó de las manos y cayó al suelo con un ruido sordo.

—Disculpe, milady —dijo la suave voz de lord Greenwich, Bradford Seymore, marqués de Greenwich, mientras la sujetaba hábilmente del brazo. Su tacto era cálido, contrastando con el frío que se adhería a su piel del aire del exterior, pero el repentino rubor que invadió las mejillas de Skye se debió más a la vergüenza que al frío.

—Ah, parece que estaba absorta en mis pensamientos —respondió ella, recuperando el don

de la palabra a pesar de su incomodidad—. Debo agradecerle su oportuna intervención, milord.

Le dedicó una sonrisa deslumbrante, mientras se inclinaba para recoger el fardo que se le había caído.

—No se preocupe —respondió él con una sonrisa, y ojos azules risueños—. Soy lord Greenwich, encantado de conocerla.

Skye lo miró mientras cogía su equipaje.

—Lady Hampton, el placer es mío.

—Uno siempre debe estar preparado para encuentros inesperados en territorio desconocido —dijo lord Greenwich.

—Por supuesto —asintió lady Skye, y su propia risa brotó mientras se enderezaba, con la maleta una vez más en sus manos enguantadas—. Aunque me atrevería a decir que este encuentro en particular ha resultado mucho más agradable que la mayoría de las colisiones imprevistas.

—Me halaga, lady Hampton —dijo lord Greenwich riéndose, con un atisbo de calidez en su tono—. Y debo decir que su capacidad para encontrar el humor en una situación así es realmente encomiable.

—La risa es un bálsamo para muchos males, milord —respondió ella con ligereza, sus ojos centelleando con picardía—. Y he descubierto que a menudo sirve para romper el hielo incluso en las situaciones más incómodas.

—Cierto —convino él, y su mirada se detuvo en el rostro de ella un momento más, antes de hacer una leve reverencia—. Le deseo una agradable velada, lady Hampton.

—Gracias, lord Greenwich —murmuró ella, respondiendo con otra reverencia—. Lo mismo le deseo a usted.

Cuando se separaron, los demás huéspedes de la posada no pudieron evitar intercambiar miradas divertidas y comentarios en voz baja sobre la conversación animada que acababan de presenciar. Había algo innegablemente cautivador en la interacción entre la belleza de espíritu libre y el gallardo pícaro, y todos los presentes intuyeron que aquella inesperada colisión no era más que el principio de una historia que se abriría paso en sus corazones y mentes mucho después de que la nieve se hubiera derretido en las calles del pueblo inglés.

Aquella noche, el fuego crepitaba alegremente en el hogar, proyectando sombras oscilantes sobre los huéspedes reunidos en la posada Rosewood. El murmullo de las conversaciones se escuchaba suavemente bajo el sonido de las risas y el tintineo de las copas, mientras el aroma de la sidra especiada se mezclaba con las notas a la deriva de un violinista escondido en un rincón.

Skye estaba de pie en un extremo de la sala, escrutando con la mirada a la multitud mientras intentaba sacudirse la sensación persistente de su encontronazo con lord Greenwich. No podía evitar sentir una chispa innegable de intriga hacia él; bajo su exterior pícaro se escondía algo más profundo que ella no lograba descifrar.

—Parece distante, milady —dijo una voz suave, interrumpiendo sus reflexiones. Skye se giró y vio a lord Greenwich a su lado. Él enarcó una ceja, divertido—. Espero no haberla dejado demasiado inquieta después de nuestra... más bien brusca presentación.

—En absoluto, milord —respondió ella, ocultando su sorpresa por su repentina aparición—. Aunque debo admitir que su presencia aquí ha añadido un toque de emoción a una velada que, de otro modo, habría sido anodina.

—¿Ah, sí? —Sonrió, apoyándose en la repisa de la chimenea mientras estudiaba el rostro de la dama—. Bueno, en ese caso tal vez debería quedarme cerca para asegurarme de que no sufra más colisiones u otras calamidades.

—Su preocupación es conmovedora, lord Greenwich, pero le aseguro que soy más que capaz de moverme por una habitación sin incidentes. —Sus ojos brillaron juguetones cuando sus miradas se encontraron—. Además, sería una pena monopolizar su atención cuando hay tantas otras damas que podrían beneficiarse de su... experiencia en tales asuntos.

—Ah, lady Hampton, me hiere —fingió él, poniéndose una mano sobre el corazón—. Pero si insiste en negarme el placer de su compañía, supongo que tendré que resignarme a la compañía de las otras bellas doncellas presentes.

—No quisiera que las haga esperar —dijo ella con una sonrisa burlona, dirigiendo su mirada hacia un grupo de jovencitas que observaban su diálogo absortas.

—Claro que no —replicó él, siguiendo con la mirada la de ella antes de volver a mirarla fijamente—. Pero si alguna vez necesita un galante protector, lady Hampton, solo tiene que decir mi nombre.

—Su caballerosidad es muy encomiable, lord Greenwich —murmuró ella, con el corazón acelerado al sentir una atracción que no estaba segura de poder ignorar—. Pero me atrevería a decir que puedo apañármelas bien sola.

—Muy bien, entonces —dijo él en voz baja, con el calor de su aliento rozándole la mejilla mientras se inclinaba para susurrarle al oído—. La dejaré con sus pensamientos, pero que sepa que la vigilaré desde lejos, listo para abalanzarme a la primera señal de peligro.

—Entonces procuraré mantenerme fuera de peligro —susurró ella, sintiendo un escalofrío cuando él se enderezó y le guiñó un ojo con picardía.

—Buenas noches, milady —murmuró él, alejándose y dejándola meditando sobre la extraña emoción que se había apoderado de su pecho tras su alegre conversación.

Los huéspedes de la posada, que habían estado observando absortos el fascinante diálogo entre Skye y lord Greenwich, murmuraban ahora entre ellos mientras daban sorbos a sus bebidas calientes. Una pareja de ancianos, sentados junto a la chimenea, intercambiaban miradas cómplices mientras cuchicheaban discretamente. Un grupo de jovencitas, ruborizadas por la escandalosa conversación, se reían tras sus guantes mientras lanzaban miradas furtivas al enigmático lord.

Un caballero corpulento con un chaleco elegantemente entallado se inclinó hacia su igualmente corpulento compañero y comentó:

—Apuesto a que lady Hampton tendrá al marqués en el bolsillo al final de su estancia.

—Eso parece —coincidió su amigo, acariciándose el bigote pensativo—. Hacía bastante tiempo que no presenciábamos una conversación tan animada. La velada promete ser de lo más entretenida.

Skye pudo sentir el peso de sus miradas mientras se alejaba de lord Greenwich, pero mantuvo la compostura, decidida a no permitir que su escrutinio la pusiera nerviosa. Sabía que su encuentro con el pícaro marqués no había hecho más que empezar, y la expectación por lo que estaba por venir le producía escalofríos, que nada tenían que ver con el gélido aire invernal.

Mientras se acomodaba en un sillón de felpa junto al fuego, sus pensamientos volvían al calor del tacto de lord Greenwich, la intensidad de sus ojos y la curva sugerente de su sonrisa. La posada parecía encogerse a su alrededor, y el calor del fuego no ayudaba a calmar la creciente temperatura en sus venas.

—¿Va todo bien, milady? —preguntó el posadero, cuando apareció a su lado con una taza de té humeante. Su ceño se frunció con preocupación al notar el ligero rubor en las mejillas de la dama.

—Bastante bien, gracias —respondió ella, aceptando el té con una amable inclinación de

cabeza—. Solo estaba absorta en mis pensamientos.

—Ah —dijo el con complicidad, sus ojos se desviaron hacia donde estaba lord Greenwich conversando con un grupo de caballeros junto a la ventana—. Me atrevería a decir que no es la única está... perdida en sus pensamientos esta noche.

—Eso parece —murmuró Skye, y sus ojos siguieron a los del posadero que miraba a lord Greenwich. Dio un sorbo a su té, ocultando su sonrisa tras la delicada taza de porcelana.

A medida que avanzaba la noche, la posada se animaba cada vez más, y los huéspedes se deleitaban con el ambiente festivo. Las risas y las conversaciones llenaban el ambiente, acompañadas por el tintineo de las copas y el crepitar del fuego. Sin embargo, en medio de la algarabía, Skye podía sentir la atracción magnética de la presencia de lord Greenwich, sus miradas robadas y sus sonrisas sutiles tejían una intrincada red de intriga que parecía atraparlos a ambos. Sabía que el juego que habían empezado estaba lejos de terminar y que el siguiente paso dependía enteramente de ella.

Das

El comedor de la posada Rosewood era una sinfonía de calidez y elegancia. Una gran chimenea crepitaba en un rincón, proyectando sombras oscilantes sobre los intrincados paneles de madera tallada que adornaban las paredes. Entre cada panel colgaban cuadros que representaban escenas campestres idílicas, dando un toque de fantasía al opulento entorno. El aire desprendía un leve aroma a lavanda y tabaco, una mezcla tentadora que parecía tejer su propio hechizo. Los cubiertos de plata pulida brillaban sobre los manteles de lino, cuya superficie reflejaba la luz danzante de las velas de los candelabros ornamentados.

Al abrirse las pesadas puertas de roble, lord Greenwich y lady Hampton entraron en el comedor, atrayendo la atención inmediata de los demás huéspedes de la posada. Eran un mundo de contrastes, tanto en apariencia como en comportamiento. Él, con su cabello rubio dorado y sus penetrantes ojos azules, desprendía un aura de despreocupada confianza; mientras que ella, una belleza etérea con una cascada de rizos de color de lino enmarcando sus delicadas facciones, irradiaba un encanto travieso que desmentía su condición de viuda.

Lord Greenwich entró en la sala con la arrogancia de quien sabe que está destinado a la grandeza. Su actitud despreocupada y su elegante apariencia le habían granjeado una notoria reputación, que intrigaba y repelía a partes iguales a los miembros de la alta sociedad. Bradford, marqués de Greenwich, era muy consciente de los rumores que le perseguían, pero los llevaba como una insignia de honor. Después de todo, ¿qué era la vida sin un poco de escándalo?

Skye, lady Hampton, por otro lado, parecía totalmente ir en contra de las expectativas de una dama de su clase. Sus brillantes ojos de zafiro tenían un brillo pícaro, como si albergara un placer secreto en desafiar las tradiciones. Las comisuras de sus labios carnosos, como pétalos de rosa, insinuaban una sonrisa reprimida que sugería que se divertía con el mundo que le rodeaba. Y aunque la seda azul pálido de su vestido se ceñía con decoro a su esbelta figura, había algo innegablemente magnético en su forma de comportarse.

Mientras se dirigían al comedor, una tensión inconfundible se palpaba entre ellos. Aunque su aspecto exterior era muy diferente, ambos poseían un ingenio formidable y una aguda inteligencia que los diferenciaba de los demás invitados. Era como si fueran dos cuerpos celestes, orbitando uno alrededor del otro en una peligrosa danza, cada uno retando al otro a acercarse solo para ser repelido por su propia e ineludible gravedad.

Así pues, lord Greenwich y lady Hampton se sentaron en extremos opuestos de la mesa, elegantemente dispuesta, y sus miradas se cruzaron en una silenciosa batalla de voluntades. Ninguno de los dos estaba dispuesto a admitir la derrota, pero ninguno podía negar el tentador encanto de aquel animado juego. Estaba claro que, bajo su apariencia educada, algo mucho más poderoso y primitivo se había despertado entre ellos. Y a medida que se servía el primer plato, el

aire estaba cargado de expectación, dejando a los demás huéspedes de la posada preguntándose qué clase de tormenta se estaba gestando en los acogedores confines de la posada Rosewood.

—Ah, lord Greenwich —comenzó lady Skye, con voz cargada de fingida inocencia, mientras cortaba delicadamente su asado—. He oído rumores de sus legendarias hazañas en los salones de Londres. ¿Qué se siente al ser objeto de tan deliciosos cotilleos?

Una sonrisa irónica se dibujó en la comisura de los labios de Bradford, que la miró fijamente.

—Mi querida lady Hampton, me hace usted demasiados honores. Solo intento entretener a las mentes ociosas de la alta sociedad. ¿Y qué hay de su propia reputación? Es usted bastante infame por su afición a las travesuras, ¿no es así?

—¿Infame? —repitió ella, con un brillo de diversión en los ojos—. Prefiero el término «encantadoramente impredecible», milord.

—¡Ja! Bien esquivado, milady —replicó él, con los ojos brillantes de desafío—. ¿Debemos creer que su reciente viudez no ha hecho nada por templar su sentido innato de la aventura?

—Lord Greenwich —respondió ella con una sonrisa socarrona—, podría decirse que solo ha servido para acentuarlo. Después de todo, hay muy pocas damas que tengan la libertad de navegar por el mundo a su antojo. ¿Por qué no iba a aprovechar una oportunidad tan única?

—Por supuesto, ¿por qué no? —reflexionó él, inclinándose ligeramente hacia delante—. Pero, por favor, dígame, ¿siempre ha sido tan... aventurera, o esta nueva osadía es producto de la influencia de su difunto esposo?

—La audacia, milord, es una parte intrínseca de lo que soy. —Levantó una ceja de forma provocativa—. Parece que tenemos en común más de lo que parece.

—Tal vez —coincidió él, sin apartar los ojos de ella—. Pero si nuestro amor por la aventura es genuino, entonces debo preguntar: ¿qué le trae a la posada Rosewood, escondida en el remoto campo?

—Esa es una historia para otro momento —respondió ella tímidamente, su risa sonando como la música más dulce—. Por ahora, simplemente disfrutemos de la agradable conversación que el destino nos ha deparado tan amablemente.

—Muy bien, lady Hampton —aceptó él, curvando los labios en una sonrisa divertida—. Ha ganado esta ronda. Pero tenga por seguro que no me dejaré vencer tan fácilmente en el futuro.

—¿De verdad? Espero con impaciencia nuestro próximo encuentro, milord —dijo ella, con la voz cargada de expectación—. Hasta entonces, que los fantasmas de sus hazañas pasadas sigan acechando a los cotillas de Londres.

—Claro —respondió él, levantando su copa en un saludo juguetón—. Y que los ecos de sus propias desventuras los mantengan siempre en la ignorancia.

Bradford se vio incapaz de apartar la mirada de lady Hampton, y su diversión inicial por la mujer fue mutando a una fascinación casi a regañadientes. Su comportamiento enérgico contrastaba fuertemente con su propia naturaleza más reservada, y no pudo evitar preguntarse qué se ocultaba bajo su ingenio rápido y sus ojos traviesos.

—Dígame, milady —comenzó, con las comisuras de los labios ligeramente torcidas hacia arriba por la diversión—. ¿Encuentra placer en fastidiar a los que la rodean, o es simplemente una consecuencia natural de su diabólico encanto?

—Milord —contestó ella, con los ojos brillantes por la risa cuando lo miró de frente—. Es simplemente que la vida resulta mucho más agradable cuando no se toma demasiado en serio.

—Un sentimiento admirable, sin duda —coincidió Bradford, aunque el entrecejo delataba su escepticismo—. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme si hay ocasiones en las que esa ligereza puede resultar... desventajosa.

—¿Desventajosa? —repitió ella, inclinando la cabeza hacia un lado como si estuviera reflexionando sobre sus palabras—. Quizá. Pero, ¿no sería igualmente desventajoso sumirse en la solemnidad hasta el punto de olvidar cómo disfrutar de los placeres más sencillos de la vida?

Su audaz desafío provocó que Bradford enarcara una ceja, quien se sintió a la vez intrigado y exasperado por su audacia.

—Tiene razón, lady Hampton. Pero no olvidemos que vivimos en un mundo regido por ciertas expectativas y limitaciones sociales.

—Cierto —reconoció ella, sin apartar su mirada de la de él—. Pero sin duda, milord, incluso usted debe ver valor en desafiar de vez en cuando esas limitaciones en la búsqueda de la felicidad. Después de todo, usted se ha ganado su reputación por saltarse las normas.

La mente de Bradford se aceleró mientras pensaba en sus palabras, con el corazón latiéndole con una mezcla de inquietud y regocijo. ¿Creía ella realmente en el mérito de desafiar las expectativas de la sociedad, o se trataba simplemente de una estratagema para poner a prueba su determinación? Y lo que es más importante, ¿por qué se sentía tan cautivado por su enérgica actitud desafiante?

—Quizá haya algo de verdad en su afirmación, lady Hampton —admitió a regañadientes, y sus ojos azules se ensombrecieron con una emoción que iba más allá de la mera diversión—. Pero por ahora, volvamos al asunto que nos ocupa: nuestro amor compartido por la aventura.

—Muy bien, milord —aceptó ella, curvando los labios en una sonrisa burlona—. Espero con impaciencia la oportunidad de explorar este terreno común con usted, aunque debo advertirle que no soy de las que rehúyen los desafíos.

—Yo tampoco, milady —replicó él, con una sonrisa en los labios—. De hecho, me atrevería a decir que nuestras aventuras juntos pueden resultar bastante... esclarecedoras.

A medida que su conversación continuaba, se sentía cada vez más atraído por la enigmática mujer que tenía delante, su rápido ingenio y su naturaleza traviesa le resultaban exasperantes e irresistibles a partes iguales. Y aunque aún no podía predecir adónde les llevaría su enmarañado viaje, sabía sin lugar a dudas que sería de todo menos aburrido.

A medida que avanzaba la velada, el ambiente del comedor de la posada Rosewood se volvía cada vez más acogedor y tentador. La titilante luz de las velas proyectaba un cálido resplandor sobre las mesas de madera pulidas y los bonitos tapices, mientras el aroma de las carnes asadas, los pasteles mantecosos y el vino caliente especiado llenaban el aire, atrayendo los sentidos. El tintineo de la vajilla de plata contra la porcelana fina y los murmullos de otros huéspedes de la posada, enfrascados en animadas conversaciones, proporcionaban un relajante telón de fondo al cara a cara entre lord Greenwich y lady Hampton.

—¿Sabía usted —preguntó lady Hampton, con ojos bailando con picardía— que se rumoreaba que el chef de la posada se formó con el mismísimo Escoffier? —Saboreó un bocado de carne de venado, con cara de deleite, y continuó—: Debo decir que su pericia culinaria es bastante evidente.

—¿De veras? —respondió Bradford, dando un sorbo a su vino. Su mirada permaneció fija en ella, admirando la forma en que la luz de las velas bailaba en sus ojos azules—. Supongo entonces que somos afortunados de estar en un establecimiento como este.

—Desde luego —asintió lady Skye, su risa sonó como unas campanillas melódicas y atrajo la atención de los demás comensales—. Aunque debo confesar que nunca pensé que me encontraría en el mismo lugar que el, nada menos, infame marqués de Greenwich.

Ante su comentario lúdico, sus labios se curvaron en una sonrisa reacia. Se sintió desarmado por su risa contagiosa y la calidez genuina que añadía a la acogedora atmósfera de la posada.

—Y yo —replicó con suavidad— nunca habría imaginado que me quedaría atrapado en la nieve con la encantadora y traviesa lady Hampton.

La risa de lady Skye se desvaneció, sustituida por un suave suspiro mientras miraba alrededor de la habitación, empapándose de las vistas y los sonidos que los envolvían.

—Hay algo indudablemente agradable en pasar la Navidad en una posada cubierta de nieve, ¿no le parece? —reflexionó, con la voz teñida de nostalgia.

—Desde luego —coincidió él, mientras sus pensamientos se dirigían al crepitante fuego de la chimenea y a las guirnaldas de hojas perennes y acebo que adornaban las paredes—. Es como si nos hubiéramos transportado a un mundo alejado del bullicio y las exigencias habituales de la sociedad.

—Tal vez sea en esos momentos —dijo ella, y sus ojos volvieron a encontrarse con los de él— cuando realmente podemos descubrir la esencia de lo que somos, más allá de los papeles y las expectativas que nos han impuesto.

A la luz vacilante de las velas, las sombras danzaban por las paredes como si imitaran la alegre charla que estaban teniendo entre ellos. La habitación zumbaba con la deliciosa energía de su conversación, el tintineo de los cubiertos y el murmullo de los demás huéspedes de la posada servían de suave telón de fondo a la tentadora conexión que parecía encenderse entre ellos.

—Milord —dijo lady Hampton, con los ojos brillando con picardía mientras se inclinaba hacia él—. Estoy bastante intrigada por lo que se oculta bajo su notoria reputación. Seguro que hay más de lo que parece.

—Lady Hampton —respondió él, con voz grave y suave como el terciopelo—, es usted muy perspicaz. Bajo esta fachada de despreocupado, no soy más que un hombre sencillo que anhela las alegrías de la vida más allá de los títulos y las expectativas. —Hizo una pausa y estudió su rostro por un momento—. Y sospecho que usted también oculta cosas.

Mientras sus palabras tejían una intrincada danza, sus ojos hacían lo mismo, y cada mirada robada revelaba un atisbo de vulnerabilidad y deseo. En aquel acogedor comedor, entre el calor del fuego y la decoración festiva, el mundo exterior parecía desvanecerse, dejándoles solo a ellos dos y su conexión tácita.

—En efecto, milord —murmuró ella, sin apartar su mirada de la de él—. Todos llevamos máscaras, ¿verdad? Pero a veces es necesario encontrar a alguien que pueda ver a través de ellas para comprendernos de verdad.

—Puede ser —concedió él, levantando una ceja divertido—. Pero primero, debemos estar dispuestos a dejar que esas máscaras caigan.

Mientras hablaban, sus manos se rozaron encima del mantel, provocando una sacudida de excitación a través de las yemas de sus dedos. Ambos se retiraron con rapidez, y sus miradas se cruzaron durante un breve instante antes de apartarse, delatando la inesperada intensidad de la sensación.

—Muy bien, milord —aceptó ella, con la voz un poco entrecortada mientras intentaba recuperar la compostura—. Después de todo, en un mundo de fachadas y pretensiones, es un don poco común encontrar a alguien que pueda vernos tal y como somos.

—Estoy de acuerdo, milady —respondió él, con el corazón acelerado bajo las capas de seda y brocado que adornaban su pecho—. Y tal vez, solo tal vez, esa persona pueda encontrarse incluso aquí, en este rincón nevado de Inglaterra.

Compartieron una mirada prolongada, el aire entre ellos crepitaba con energía silenciosa. En aquel momento, las semillas de algo más profundo echaron raíces, insinuando un futuro que ninguno de los dos podría haber imaginado jamás, ni siquiera entre la nieve que se arremolinaba

tras las ventanas de la posada Rosewood.

Cuando se consumieron los últimos bocados del postre, se hizo el silencio en la mesa, interrumpido únicamente por el suave tintineo de los cubiertos contra la porcelana. Skye, con el corazón aún acelerado por la conversación previa, no pudo resistir la tentación de seguir provocando a lord Greenwich.

—Dígame, milord —comenzó, con una mirada pícara clavada en él—. ¿Siempre convierte una cena ordinaria en una velada tan... electrizante?

—Solo cuando estoy en compañía de alguien que puede seguir el ritmo de mi ingenio, milady —replicó lord Greenwich, con sus ojos azules bailando con diversión—. Y usted, al parecer, ha demostrado ser muy hábil para igualarme palabra por palabra.

—Pero veré, milord —dijo lady Hampton, inclinándose ligeramente hacia delante—, no son solo las palabras las que hacen que una conversación sea realmente interesante. Es también el arte de saber cuándo escuchar y responder, algo de lo que muchas personas carecen.

—Desde luego —convino lord Greenwich, sin apartar la mirada de ella—. Parece que ambos estamos bien versados en ese arte en particular, como ha demostrado nuestra deliciosa danza de palabras de esta noche.

La tensión entre ellos se intensificó a medida que continuaba su batalla de voluntades, cada uno consciente de la creciente tormenta de emociones que se arremolinaba bajo la superficie. La luz de las velas oscilaba sobre sus rostros, proyectando sombras que parecían insinuar las profundidades ocultas de sus corazones.

—Discúlpeme, milord —dijo finalmente, con voz suave pero decidida—. Creo que es hora de retirarme por esta noche.

Se levantó con elegancia de su silla, con el corazón palpitando con expectación e incertidumbre.

—Por supuesto, milady —respondió él, poniéndose también en pie. Observó cómo se marchaba con curiosidad, y las comisuras de sus labios dibujaron una sutil sonrisa—. Que sus sueños sean tan fascinantes como lo ha sido nuestra conversación.

—Gracias, milord —respondió ella, deteniéndose en la puerta y dedicándole una última sonrisa cautivadora—. Y que los suyos estén llenos de la intriga de mil palabras no dichas.

Con eso, lady Hampton desapareció por el pasillo poco iluminado, dejándolo a él reflexionando sobre su conversación y la innegable atracción que había empezado a surgir entre ellos.

La mirada de lord Greenwich se detuvo en la figura de lady Hampton, que se retiraba y cuyos elegantes pasos resonaban suavemente en el pasillo en penumbra. Un destello de algo más que diversión brilló en sus ojos azules al contemplar el inesperado encanto de la energética belleza. Había un magnetismo innegable entre ellos, que le intrigaba y le inquietaba a la vez.

—Una mujer interesante, ¿no es así? —una voz en la mesa vecina irrumpió en sus pensamientos. Bradford se giró hacia el otro huésped y le dedicó una sonrisa cortés.

—Desde luego —respondió, con tono mesurado—. Lady Hampton no se parece a nadie que haya conocido.

—Eso es lo que hace la vida tan fascinante, ¿no? Las agradables sorpresas que se esconden en cada rincón —reflexionó el hombre, alzando su copa en un brindis por el enigma que suponía la encantadora viuda.

—Así es —convino Bradford, mientras su mente seguía envuelta en la cautivadora imagen de la sonrisa traviesa de lady Hampton y la intensidad de su mirada.

No pudo evitar reflexionar sobre las implicaciones de su apasionante conversación. ¿Se

trataba simplemente de una chispa fugaz destinada a ser apagada por las duras realidades de la vida, o podría ser el comienzo de algo mucho más profundo? Solo el tiempo lo diría, supuso, mientras daba otro sorbo a su vino.

—Buenas noches, milord —dijo la mujer del posadero, que se apresuró a recoger la mesa. El ruido de platos y cubiertos le devolvió al presente. Asintió con la cabeza, pero sus pensamientos seguían aún en la silla vacía donde lady Hampton se había sentado momentos antes.

—Buenas noches —respondió secamente, levantándose de su asiento con firmeza. Mientras se dirigía hacia la puerta, sus ojos volvieron a posarse en el lugar donde había estado lady Hampton. En el aire crepitaba una tensión silenciosa, un recuerdo tangible del deseo que había surgido entre ellos.

—Que duerma bien, milord —dijo la mujer del posadero, cuya voz se desvaneció en el ambiente mientras él se adentraba en el pasillo. La titilante luz de las velas proyectaba sombras inquietantes en las paredes, añadiendo un aire de misterio a su entorno.

—Que duerma bien —murmuró Bradford en voz baja, con una sonrisa irónica en la comisura de los labios. Sabía que dormir no sería fácil, cuando sus pensamientos se consumían por la hermosa viuda, lady Hampton, y el tentador conocimiento de que se encontraban bajo el mismo techo.

Y así, con cada paso que daba hacia su habitación, Bradford se encontró anhelando descubrir el próximo capítulo en aquella danza de deseo y desafío que había comenzado en los acogedores confines de la posada, una danza que los retaría a ambos a desafiar las convenciones y sondear las inexploradas profundidades de la pasión que yacía oculta en sus corazones.

Tres

La tormenta de nieve descendió sobre el campo como un immaculado manto blanco, borrando suavemente las características del paisaje. Los copos se arremolinaban y bailaban unos alrededor de otros, su caótico ballet pintaba el mundo de una forma diferente. La belleza de la nieve que caía era fascinante, pero su intensidad indicaba que no se trataba de una tormenta cualquiera.

En medio de aquel paraíso blanco se alzaba la posada, cuyas ventanas estaban ahora cubiertas por delicados patrones de hielo. En el interior, los huéspedes se reunieron cerca de las ventanas, sus alientos empañaban el cristal mientras contemplaban la tormenta implacable.

—¡Dios mío! —murmuró lady Ellington, con los ojos abiertos con incredulidad—. Nunca había visto nada igual.

—Desde luego, parece que estamos bien atrapados por la nieve —coincidió lord Fitzroy, con su habitual tono jovial teñido de preocupación.

La comprensión del apuro en el que se encontraban empezó a calar en los invitados como lluvia helada. Sus planes para las fiestas se habían visto afectados drásticamente, y todo por culpa de los caprichos de la naturaleza. Las conversaciones en voz baja llenaron la sala con una sensación de urgencia.

—Sin duda, debe de haber alguna forma de salir de la posada —aventuró el señor Worthington, un caballero de mediana edad que estaba ansioso por regresar a la ciudad—. ¿Tal vez alguien podría traer varios caballos para atravesar la nieve?

—Desgraciadamente, mi buen hombre, me temo que ni la más robusta de las bestias tendría una oportunidad contra esta tormenta —respondió Sir Charles, un viajero experimentado que había sido testigo en más de una ocasión de condiciones meteorológicas extremas—. Debemos resignarnos a que la posada Rosewood sea nuestro santuario hasta que amaine la tormenta.

Lord Greenwich y lady Hampton intercambiaron miradas subrepticias, reconociendo la gravedad de la situación. Aunque en un principio la compañía del otro les había parecido bastante divertida, y un tanto conflictiva, la perspectiva de estar atrapados juntos durante un tiempo incierto evocaba en ambos una extraña mezcla de ansiedad y curiosidad.

—Quizá podríamos sacar partido de esta situación —sugirió lady Hampton, con voz suave pero clara—. Después de todo, hay lugares mucho peores para estar confinados que una acogedora posada.

—Por supuesto, milady —convino lord Greenwich, y sus ojos se encontraron con los de ella con una calidez inesperada—. Simplemente tendremos que adaptarnos a nuestras circunstancias y encontrar formas de pasar el tiempo.

Los invitados murmuraron que estaban de acuerdo, y dejaron a un lado su sorpresa y

preocupación iniciales. Si iban a quedarse atrapados en la posada mientras durase la tormenta, tendrían que confiar en la compañía de los demás para evitar el frío aislamiento del mundo exterior. Y mientras la nieve seguía cayendo, cubriendo la tierra con su prístino abrazo, los habitantes de la posada se prepararon para unas fiestas como nunca antes habían vivido.

El interior de la posada era un refugio de la implacable tormenta de nieve del exterior. El calor irradiaba del fuego crepitante, proyectando sombras oscilantes sobre las paredes de paneles de madera adornadas con guirnaldas festivas. Los invitados se apiñaban alrededor de la chimenea, sus risas y conversaciones llenaban el aire como una sinfonía de camaradería; buscaban consuelo en la compañía de los demás mientras la tormenta arremecía.

Skye se acomodó en un mullido sillón cerca del fuego, el calor le calaba hasta los huesos mientras se envolvía los hombros con una manta suave. Sus ojos vagaron por la habitación, deteniéndose en lord Greenwich, que conversaba con un pequeño grupo de caballeros. No pudo evitar admirar cómo su pelo rubio reflejaba la luz del fuego y cómo sus ojos azules parecían contener una alegría secreta que solo ella podía identificar.

—¿Le apetece un poco de chocolate caliente, milady? —preguntó lord Greenwich, acercándose a ella con dos tazas humeantes en sus manos. Su voz era intensa y suave, cálida como la bebida que ofrecía.

—Gracias —respondió Skye, aceptando la taza con elegancia. Sus dedos se rozaron durante un instante, provocándole una sacudida. La sensación la cogió desprevenida y se mordió el labio mientras le miraba a los ojos. Había un entendimiento tácito entre ellos, una conexión innegable, pero de algún modo prohibida.

—¿Le parece agradable la posada? —preguntó él, sentándose en la silla que había frente a la de ella. Se echó hacia atrás, con un lenguaje corporal relajado y confiado, pero con una mirada intensa e inquebrantable.

—Desde luego, es bastante acogedora —respondió Skye, permitiéndose una pequeña sonrisa—. Y debo admitir que la compañía ha sido inesperadamente... interesante.

—Ah. —Lord Greenwich se echó a reír suavemente, sin apartar los ojos de ella—. Me alegra oír eso, milady. A mí también me ha parecido una sorpresa muy agradable su presencia aquí.

A medida que avanzaba la velada, lord Greenwich y Skye siguieron lanzándose miradas furtivas, cada una de las cuales transmitía una miríada de emociones: curiosidad, deseo y tal vez incluso una pizca de miedo. La nueva atracción entre ellos era tan palpable como el calor que emanaba de la chimenea, pero ninguno de los dos se atrevía a hablar de ello abiertamente.

—¿Le apetece jugar a las cartas? —preguntó lord Greenwich, interrumpiendo los pensamientos de Skye.

—Por supuesto —respondió ella, con los ojos brillando con picardía—. Pero debo advertirle, milord. No tengo intención de perder.

—Yo tampoco, milady —replicó él, con una sonrisa que revelaba un desafío tácito.

Mientras se enzarzaban en una desenfadada competición y sus risas se mezclaban con las de los demás huéspedes, había una sensación de intimidad que parecía casi fuera de lugar en los confines de la posada. Y, sin embargo, a pesar de la gélida tormenta que azotaba el mundo más allá de los muros de la posada, la calidez que floreció entre lord Greenwich y Skye era innegable: una chispa de pasión que amenazaba con convertirse en una llama ardiente.

El fuego crepitaba y silbaba, arrojando un cálido resplandor sobre la habitación mientras lord Greenwich repartía las cartas con la facilidad que da la práctica. Skye lo observaba, con sus ojos azules bailando con expectación por el juego que estaba a punto de comenzar. Las risas y conversaciones de los demás invitados llenaban el ambiente, creando una atmósfera de alegre

compañerismo.

—Su turno, milady —dijo lord Greenwich, enarcando una ceja para retarla juguetonamente.

—Muy bien —respondió ella, estudiando sus cartas antes de dejar una—. Parece que hasta ahora estamos igualados.

—Eso parece, aunque debo admitir que sus habilidades con las cartas han sido todo un descubrimiento. —Lord Greenwich sonrió mientras jugaba su siguiente carta—. No esperaba tácticas tan astutas de una dama de su categoría.

—Ah, pero olvida, milord, que soy viuda. La sociedad me concede ciertas libertades que niega a otras damas —dijo antes de hacer una pausa, bajando la voz hasta un susurro conspirativo—, incluida la oportunidad de perfeccionar mis habilidades en los juegos de azar.

—Entonces me consideraré prevenido —bromeó él, rozando sus dedos con los de ella cuando cogió otra carta. El contacto fue breve, pero eléctrico, provocándoles escalofríos a pesar de la calidez de la habitación.

Mientras seguían jugando, su conversación fluyó sin esfuerzo, tocando temas tanto serios como triviales. Descubrieron intereses compartidos y puntos en común, y se sintieron cada vez más atraídos el uno por el otro gracias a sus ingeniosas réplicas.

—Dígame, milord —le preguntó Skye en un momento dado—, ¿qué es lo que más le gusta de la vida?

Él se quedó pensativo un momento, mientras removía distraídamente el brandy de su copa.

—Supongo que la libertad para elegir mi propio camino —respondió finalmente—. Viajar adonde me plazca, satisfacer mis pasiones y vivir la vida a mi manera.

—Una opinión admirable —convino ella—. Aunque debo confesar que envidio esa libertad.

—Ah, pero usted tiene su propio tipo de independencia, milady —señaló él—. Como viuda, ya no está sujeta a los caprichos de un marido ni a las restricciones de la sociedad. Seguramente ese estado le proporciona cierta libertad.

—Es cierto —admitió ella—, pero esa libertad va acompañada de soledad. Me temo que es un arma de doble filo.

—Entonces, tal vez —vaciló él, buscando en su rostro algún signo de desagrado—, podamos encontrar consuelo en nuestras circunstancias comunes y disfrutar del tiempo que pasemos juntos aquí en la posada.

—Tal vez —repitió ella en voz baja, con una cálida sonrisa en la comisura de los labios.

La velada continuó, su conexión se hizo más profunda a medida que compartían historias y experiencias, y las risas burbujearon como el champán con su nueva amistad. Y mientras tanto, la tormenta arreciaba en el exterior, como testimonio de la tempestuosa pasión que se estaba gestando entre ellos. Para lord Greenwich y Skye, el mundo más allá de los muros de la posada se hacía cada vez más distante, sustituido por un momento único y embriagador que perduraría en sus corazones mucho después de que la nieve se hubiera derretido y el fuego se hubiera apagado.

En el exterior, el aullido del viento rasgaba el paisaje helado, con sus dedos de hielo arañando la gruesa capa de nieve que cubría la tierra. La ferocidad de la tormenta parecía igualar la tempestad de emociones que se agitaba en los corazones de lord Greenwich y Skye. Sin embargo, a pesar del aire gélido y los copos de nieve que se arremolinaban más allá de las paredes de la posada, el ambiente en el interior era de calidez y creciente intimidad.

—Su turno, milord —bromeó Skye, con una mirada pícara, mientras se acercaba una carta al pecho, esperando su respuesta.

—Me subestima, lady Hampton —respondió él, sin apartar la mirada de ella mientras jugaba

su carta con confianza—. He estado estudiando su técnica y creo que he descubierto su estrategia.

—¿Ah, sí? —dijo ella enarcando una ceja y sonriendo con satisfacción mientras echaba otra carta—. Pues bien, veamos si sus observaciones le sirven de algo.

—Por supuesto —dijo él, con la mirada fija en Skye, que estaba sentada frente a él, con los ojos azules brillando a la luz de las velas.

Mientras seguían jugando, la intensidad de la tormenta se desvaneció y fue sustituida por el reconfortante ritmo de sus ingeniosas bromas. Reían juntos, disfrutando de la compañía del otro mientras buscaban consuelo en medio del caos de la tormenta de nieve que los mantenía cautivos.

—Excelencia —comenzó lady Skye vacilante, haciendo una pausa en mitad de la partida—, ¿puedo preguntarle algo bastante personal?

—Por supuesto, milady —respondió con genuina curiosidad—. ¿Qué le preocupa?

—Antes de casarme con lord Hampton, era una aspirante a artista. Pero debido a las expectativas sociales y a las exigencias de mi posición, abandoné mi pasión. —Hizo una pausa, con la voz teñida de vulnerabilidad—. ¿Tuvo alguna vez un sueño o una ambición a la que se sintió obligado a renunciar?

Su mirada se suavizó al considerar su pregunta, un extraño momento de sinceridad que brilló a través de su comportamiento pícaro habitual.

—Sí —confesó él—. De niño, anhelaba ser marinero y explorar tierras lejanas más allá del horizonte. Pero, por desgracia, estaba destinado a seguir los pasos de mi padre, dejando atrás fantasías infantiles para cumplir con mis deberes como marqués.

Los ojos de Skye se abrieron de par en par, sorprendida, y su corazón se compadeció del niño atrapado en el hombre que tenía delante.

—Qué trágico —murmuró ella, situando su mano encima de la de él para reconfortarle.

—Quizá —musitó él, recibiendo su tierno contacto con una leve sonrisa—. Pero uno no debe obsesionarse con sueños perdidos. Debemos aprovechar al máximo la vida que nos ha tocado.

—Ah —murmuró ella, suavizando su expresión con empatía—. Entonces tenemos más en común de lo que pensaba.

—Eso parece —replicó lord Greenwich, su interés se incrementaba por momentos, y se inclinó hacia ella cautivado por su vulnerabilidad.

—Sí —admitió Skye, con una sonrisa melancólica en los labios—. A menudo me pregunto cómo sería despojarse de las ataduras del decoro y simplemente... ser.

—Una perspectiva tentadora —susurró él, con una sonrisa dibujándose lentamente en su rostro—. Tal vez, juntos, podamos liberarnos de esas restricciones y explorar las profundidades de nuestros deseos.

El corazón de Skye se aceleró al oír sus palabras, sus latidos se acompañaron con el crepitar del fuego mientras lo miraba a los ojos, el calor de su pecho se convirtió en un infierno. Y mientras afuera arreciaba la tormenta y la nieve se amontonaba cada vez más contra las ventanas de la posada, lord Greenwich y Skye se deleitaban con el calor que seguía creciendo entre ellos, un faro de pasión en medio de la gélida oscuridad del abrazo invernal.

—Dígame —susurró ella, con voz apenas audible por encima del crepitar del fuego—, ¿cree en el destino?

Lord Greenwich reflexionó sobre su pregunta durante un momento. Su mirada se clavó en la de ella, con una mezcla de curiosidad e intriga arremolinándose en su interior.

—Tal vez —comenzó con cautela— en determinadas circunstancias, dos almas pueden estar

destinadas a encontrarse en medio del caos de este mundo.

—Cierto —murmuró ella, con los ojos desorbitados al sentir el peso de sus palabras—. Y si se produjera un encuentro tan fortuito, ¿no sería nuestro deber aprovechar la oportunidad que el destino nos ha brindado?

—Sin duda —coincidió él, con la voz ronca por el peso de un deseo no expresado.

Mientras sus manos aún sosteniendo las cartas, intercambiaron una mirada pausada, sus alientos mezclándose en el espacio que los separaba. Sus corazones se aceleraron al unísono y, por un momento, el tiempo pareció detenerse, el calor del fuego y las risas de los demás invitados se desvanecieron en un mero ruido de fondo.

—¿Nos retiramos por esta noche? —sugirió Skye, su voz teñida de expectación, sin apartar los ojos de los de él, mientras la invitación silenciosa flotaba entre ellos.

—Una idea excelente, milady —respondió lord Greenwich, con un tono igualmente cargado de promesa. Se levantó de la silla y le ofreció el brazo mientras se preparaban para dar las buenas noches a los demás huéspedes.

Mientras subían juntos la gran escalera, con la mano de ella apoyada en el brazo de él, el rescoldo de su atracción ardía con más fuerza que nunca. Puede que la tormenta los hubiera atrapado entre los muros de la posada Rosewood, pero ninguno de los dos podía negar que estaban a punto de explorar una conexión mucho más poderosa que cualquier fuerza de la naturaleza.

Cuatro

Un manto de nieve envolvía el paisaje, proyectando un resplandor etéreo sobre la campiña. Los copos de nieve, como delicadas mariposas cristalinas, danzaban con elegancia en el aire antes de descender para unirse a sus compañeros en el suelo. Cada rama, tejado y alféizar soportaba el peso del toque invernal, transformando el mundo en un resplandeciente paraíso. La tranquila serenidad de la escena era un bálsamo relajante para el alma, la quietud solo rota por el ocasional susurro del viento.

En marcado contraste con la tranquilidad del exterior, el interior de la posada Rosewood bullía de agitación y energía. La señora Heatherton, esposa del posadero, presidía el caos orquestado con la gracia y la autoridad de un director de orquesta experimentado. Una mujer corpulenta de mejillas encendidas y sonrisa contagiosa, se movía por la sala común, zigzagueando hábilmente entre las mesas y los invitados mientras se preparaba para el espectáculo de la tarde.

—Queridos invitados —dijo, con voz cálida y sugerente—. Esta tarde tendremos una animada pelea de bolas de nieve. Recojan sus gorros y manoplas y prepárense para una batalla entretenida.

Los clientes de la posada respondieron a su entusiasmo con un coro de risas y aprobación, deseosos de participar en la celebración improvisada. Se apresuraron a ponerse su indumentaria para salir, mientras charlaban animados entre ellos y estaban expectantes por la alegría que les esperaba.

La señora Heatherton sonrió al ver el entusiasmo de sus invitados, sintiéndose orgullosa de su capacidad para llevar alegría y compañerismo a los que se hospedaban bajo su techo. Sabía que momentos así eran raros. Y sin embargo, entre los muros de su posada, había creado un santuario donde todos podían abrazar los placeres sencillos de la vida con el corazón abierto.

—Vengan —instó, dando una palmada—. ¡La nieve nos espera!

Cuando los huéspedes se reunieron en el patio de la posada, sus risas y charlas se mezclaron con el susurro de los copos de nieve que danzaban en el aire fresco. La escena parecía un cuadro que cobraba vida, cada persona era una pincelada viva sobre el inmaculado lienzo blanco. El vaho se quedaba suspendido como seda congelada, un indicio del frío que acariciaba las mejillas rosadas y mordisqueaba las narices expuestas.

—¡Preparen su munición! —proclamó la señora Heatherton, con una voz tan clara como el sol invernal que asomaba entre el velo de nubes.

Skye, con una mirada traviesa, recogió con entusiasmo un puñado de nieve y le dio forma de esfera. Observó a los presentes y sus labios se curvaron en una sonrisa diabólica mientras buscaba su primer objetivo. Con su atuendo de luto de viuda, parecía casi etérea, un espectro de

juventud y vitalidad entre las figuras embutidas en ropa.

—¡Ah! Un buen tiro, aunque lo diga yo misma —declaró triunfante, su risa sonó como el tintineo de campanas de plata cuando su bola de nieve dio en el blanco. El caballero que había sido golpeado miró a su alrededor fingiendo indignación, y sus ojos acabaron posándose en Skye, que le guiñó un ojo burlón.

—Perdóneme, señor —dijo, con voz divertida—. Parece que mi puntería fue más precisa de lo que esperaba.

—Eso parece, lady Hampton —respondió él, riendo entre dientes—. Tendré que permanecer en guardia para no ser presa de otro de sus ataques arteros.

—Me parece bien, señor —asintió ella, su mirada revoloteando a su alrededor mientras buscaba a su próxima víctima desprevenida. Su corazón latía por la emoción del juego y, por un momento, se permitió olvidar comportarse como la dama que era.

—Ah, señor Jennings, creo que hace tiempo que debería haber probado el castigo de la nieve —gritó juguetonamente, y su bola de nieve se elevó grácilmente en el aire antes de aterrizar con un satisfactorio golpe en el cuello de su abrigo.

—¡Por Dios, lady Hampton! —exclamó el señor Jennings, sacudiéndose los restos de hielo mientras fingía indignación—. ¡Veo que he subestimado su destreza en el campo de batalla!

—Desde luego que sí, señor —respondió ella, con una sonrisa pícaro—. Siempre hay que estar preparado para un ataque sorpresa, sobre todo en tiempos de júbilo.

Mientras Skye se deleitaba con la simple alegría de la pelea de bolas de nieve, sus pensamientos vagaban, tejiendo un tapiz de sueños y deseos que no se atrevía a expresar en voz alta. Sin embargo, entre las risas y la camaradería, se atrevió a albergar la esperanza de que tal vez la vida fuera algo más de lo que había experimentado hasta entonces.

En medio de la pelea de bolas de nieve, lord Greenwich salió de la posada como un zorro que entra en un gallinero. El marqués observó la escena con unos brillantes ojos azules que delataban su alegría por unirse a la refriega. Su cabello rubio, espolvoreado con una fina capa de nieve, parecía acentuar el peligro y el encanto que se aferraban a él como una segunda piel.

—Lady Hampton —exclamó, sonriendo mientras recogía un puñado de nieve y la amontonaba hasta hacer una esfera firme—. Veo que ha estado causando estragos entre los demás huéspedes. Creo que ya es hora de que alguien le devuelva el favor.

Con un brillo malvado en los ojos, lord Greenwich lanzó su bola de nieve en dirección a Skye. Ella soltó un grito de sorpresa, su rápido ingenio momentáneamente aturdido mientras trataba de esquivar el proyectil helado. Pero, por desgracia, ya era demasiado tarde: la bola de nieve le dio de lleno en el hombro.

—¡Lord Greenwich! —exclamó, fingiendo sorpresa mientras una sonrisa juguetona se dibujaba en la comisura de sus labios—. ¡No le creía tan infantil!

—Ah, pero mi querida lady Hampton, tiene mucho que aprender sobre mí —replicó él, sin apartar la mirada de la suya mientras preparaba otra bola de nieve y sus dedos la moldeaban con destreza—. Por ejemplo, ¿sabía que soy un gran tirador cuando se trata de una pelea de bolas de nieve?

—¿Ah, sí? —replicó ella, enarcando una ceja mientras recogía su propia munición—. Bueno, entonces supongo que debo estar en guardia.

—Por supuesto —dijo él, con voz baja y burlona—. Porque nunca se sabe cuándo atacaré.

Mientras intercambiaban pullas y bolas de nieve, Skye se deleitaba con la emoción de enfrentarse a lord Greenwich. Era un oponente formidable, sus hábiles esquivas y sus certeras represalias la mantenían alerta. No podía dejar de admirar su forma de moverse, grácil y

poderosa, como un depredador acechando a su presa.

En medio de la batalla, el pie de Skye resbaló en un trozo de hielo oculto bajo la nieve fresca. Por un momento, el tiempo pareció ralentizarse al sentir que perdía el equilibrio y que el mundo se inclinaba peligrosamente a su alrededor. El pánico se apoderó de su pecho y agitó los brazos, buscando desesperadamente un punto de apoyo.

—¡Skye! —gritó lord Greenwich, con una expresión de preocupación que transformó sus bellas facciones. Y aunque trató de recuperar el equilibrio, fue en vano. El suelo cada vez estaba más cerca, y solo por pura suerte evitó caer de bruces en la nieve.

En un abrir y cerrar de ojos, lord Greenwich acortó la distancia que los separaba, sus largas zancadas lo hacían tan veloz como el propio Mercurio. Justo cuando Skye se preparaba para un impacto frío y humillante, sintió que una mano fuerte la agarraba por el brazo, estabilizándola y evitando su caída. El corazón se le aceleró en el pecho, tanto por la adrenalina de estar a punto de caer como por la proximidad del hombre que la había salvado.

—¿Se encuentra bien, lady Hampton? —preguntó él, con auténtica preocupación en la voz, mientras sus miradas se cruzaban. La alegría de la pelea de bolas de nieve pasó a un segundo plano mientras la conexión entre ellos se hacía eléctrica e innegable.

—S-sí —balbuceó ella, sintiéndose inusualmente nerviosa—. Gracias, lord Greenwich. Sus reflejos son tan impresionantes como su habilidad para lanzar bolas de nieve.

—No soy más que un humilde servidor de los caprichos de la gravedad, milady —respondió él, con una sonrisa traviesa en los labios. Le tendió una mano enguantada para ayudarla a recuperar el equilibrio, y la calidez de su tacto se filtró a través de las capas de tela que los separaban.

Cuando ella volvió a erguirse, la intensidad de su mirada pareció unirla a él, como un hilo invisible tejido entre sus almas. Por un momento, fue como si fueran las dos únicas personas en el patio, las risas y los vítores de los demás invitados se desvanecieron en la oscuridad.

—Me ha llamado Skye —dijo ella, susurrando su nombre.

—Eso hice —dijo él, su aliento visible en el aire frío—, y tienes permiso para llamarme Bradford.

—Quizá lo haga —dijo ella con un suspiro melancólico, sus ojos se desviaron hacia los copos de nieve que danzaban suavemente a su alrededor—. Pero solo en privado.

—Claro —convino él, sin apartar la mirada de ella. La conexión entre ellos era cada vez más fuerte, desafiando toda razón y expectativa—. Me alegro de haber sido partícipe en tu viaje, por pequeño que sea —añadió, con una mirada desbordante de sinceridad—. Ha sido un placer inesperado conocerte, Skye.

—Lo mismo digo, Bradford —dijo ella, devolviéndole la sonrisa.

Mientras su conversación continuaba, los invitados seguían enfrascados en la pelea de bolas de nieve, haciendo que los dos pasaran desapercibidos entre los copos de nieve que caían.

—¿Te apetece dar un paseo, milady? —preguntó Bradford, extendiendo su brazo hacia Skye con una cálida sonrisa en sus labios. La pelea de bolas de nieve seguía a sus espaldas, pero la pareja había encontrado un breve respiro del caos y las risas—. Conozco un sendero cercano precioso que lleva hasta un paisaje idílico.

—Me encantaría —respondió ella con una sonrisa juguetona mientras le cogía del brazo y sus dedos rozaban los de él a través de los guantes. Se alejaron del patio, dejando que los sonidos de la algarabía se desvanecieran en la distancia.

Mientras caminaban por el sendero cubierto de nieve, el viento traía el leve aroma de los pinos y el frescor del aire invernal. Los árboles circundantes se erguían, sus ramas cargadas de

nieve fresca, creaban una escena pintoresca que parecía casi demasiado perfecta para ser real.

—Dime, Skye, ¿qué cosas te interesan? —preguntó él, con la curiosidad despertada por el enigma de aquella enérgica joven—. He oído rumores de tu afición por las travesuras y las aventuras, pero no puedo evitar preguntarme qué es lo que realmente cautiva tu corazón.

—Ah, buscas la verdad bajo la máscara —musitó ella, sus ojos centelleando con un toque de diversión—. Muy bien. Debo confesar que encuentro un gran placer en la literatura, particularmente en las obras del señor Shakespeare.

—¿De veras? —Su sorpresa fue evidente, aunque no desagradable—. Yo también admiro el talento del Bardo para tejer historias de amor, tragedia y pura emoción. ¿Tienes alguna obra favorita?

—Romeo y Julieta siempre ha ocupado un lugar especial en mi corazón —admitió, suavizando la voz—. La historia de los amantes que desafían al destino y a la sociedad para conseguir la verdadera felicidad... Tiene algo innegablemente cautivador.

—Ah, pero su historia acabó en tragedia —reflexionó Bradford, escrutando su rostro en busca de cualquier atisbo de tristeza—. Uno solo puede esperar que la mayoría de las historias de amor tengan un desenlace más favorable.

—Tal vez, pero no se puede negar la belleza de la obra —planteó lady Skye, sus palabras llevaban implícito un desafío atrevido—. Es una lección de que uno no tiene por qué estar sujeto a los caprichos del destino ni a las expectativas de los demás.

—Muy cierto, milady. Somos dueños de nuestro propio destino —asintió él, con el corazón henchido de admiración por su feroz espíritu y determinación.

Cuando llegaron al final del camino, se encontraron en lo alto de una colina con vistas al paisaje campestre nevado. El sol proyectaba un suave resplandor sobre el campo cubierto de nieve, bañándolo con una luz dorada que parecía casi de otro mundo.

—¿Has visto alguna vez algo tan hermoso? —susurró ella asombrada, con los ojos muy abiertos de asombro.

—Solo una vez —murmuró él, desviando la mirada de la impresionante vista hacia la igualmente cautivadora mujer que tenía a su lado—. Y ahora está a mi lado.

Skye se ruborizó al oír sus palabras y su corazón se aceleró al encontrarse con su intensa mirada. El mundo a su alrededor parecía haberse detenido, dejándoles solo a ellos dos ante el precipicio de algo verdaderamente extraordinario.

—Bradford, yo...

—Shh —interrumpió él suavemente, levantando una mano enguantada para apartarle un rizo de la mejilla—. Las palabras no pueden capturar este momento, simplemente saboreémoslo.

Ella levantó la cabeza y separó ligeramente los labios.

Mientras se miraban a los ojos, el aire entre ellos crepitaba. Era como si cada copo de nieve que flotaba entre ellos contuviera un universo de posibilidades, y ambos eran muy conscientes de la sensación de magia que flotaba en el aire.

Sin mediar palabra, Bradford le cogió la cara entre sus cálidas manos y la atrajo hacia sí para besarla. Al principio fue suave, una exploración del aliento y la textura. Pero luego se profundizó, convirtiéndose en algo más primitivo y urgente. Ella le rodeó el cuello con los brazos y tiró de él para acercarlo mientras sus lenguas chocaban, como el fuego con el hielo.

Cuando por fin se separaron, Skye sintió en el pecho una mezcla de conmoción, deseo y una profunda sensación de conexión. Era como si hubieran tendido un puente sobre una enorme brecha que los separaba, y fue plenamente consciente de lo viva que se sentía en aquel momento.

—Bradford... —susurró ella, su voz ronca por la emoción—. Yo... Yo... no sé qué decir.

—No tienes que decir nada —murmuró él, bajando la mano para coger la suya—. Que sepas que eres la mujer más extraordinaria que he conocido.

El corazón de Skye rebotó con una mezcla de euforia y temor ante sus palabras. Sabía que se estaban aventurando en terreno peligroso, pues la sociedad no vería con buenos ojos que un marqués y una dama viuda tuvieran un comportamiento tan inadecuado. Pero la atracción entre ellos era innegable, y se sintió incapaz de resistirse.

Mientras estaban allí, con los corazones latiendo al unísono bajo el peso de su anhelo compartido, Skye y Bradford supieron que habían tropezado con algo raro y precioso, una conexión que desafiaba la razón y amenazaba con consumirlos a ambos.

—Ven —susurró él, ofreciéndole el brazo una vez más—. Volvamos a la posada y veamos qué nos depara el destino.

—De acuerdo —aceptó ella, su voz apenas un susurro mientras colocaba su mano en el brazo de él.

Y partieron, tomados del brazo, con los corazones llenos de expectación y anhelo, deseosos de descubrir lo que el futuro deparaba a dos almas unidas por el destino y el deseo.

Cinco

La luna proyectaba su resplandor plateado sobre la posada Rosewood mientras la nieve seguía cubriendo los terrenos circundantes, dejando a todos los habitantes del pueblo metidos en su propio mundo. Bradford se encontraba delante de la puerta de la habitación de lady Skye, con el corazón latiéndole con una mezcla de expectación y temor. Levantó la mano, dudó un momento antes de golpear suavemente el panel de madera.

—¿Quién es? —dijo una voz apagada desde el interior.

—Lord Greenwich —respondió, con voz apenas audible.

La puerta se abrió con un chirrido, revelando una visión que dejó a Bradford sin aliento. Skye estaba ante él, con sus rizos dorados cayendo en cascada sobre sus delicados hombros, enmarcando su rostro de porcelana. Sus ojos zafiro contenían una pizca de sorpresa, pero también algo más: un anhelo no expresado.

—Bradford —susurró, sus labios formando las palabras con una ternura que le produjo un escalofrío a lord Greenwich—. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—Yo... Necesitaba verte, Skye —admitió él, mirándola fijamente a los ojos—. ¿Puedo pasar?

Ella se hizo a un lado para permitirle la entrada.

Al cruzar el umbral, le tendió la mano. Skye vaciló, con el corazón acelerado, mientras colocaba sus temblorosos dedos en su fuerte y cálido apretón. La sensación fue electrizante y le recorrió el cuerpo. Nunca había imaginado que un simple contacto pudiera tener tanto poder.

—Tienes la mano fría, milady —murmuró Bradford, con verdadera preocupación—. ¿Has estado cerca de una ventana?

—Sí —confesó ella, con las mejillas sonrojadas al haberla sorprendido contemplando con nostalgia el jardín iluminado por la luna—. La belleza de los jardines nevados me parece fascinante.

—Sí —asintió él, apretando suavemente sus dedos como para calentar su piel helada—. La nieve transforma en algo mágico hasta el entorno más familiar.

—Estoy de acuerdo —convino ella, con los ojos fijos en sus manos entrelazadas antes de volver a mirarle—. Pero a veces no solo cambia el paisaje, sino también la gente que lo habita.

—Muy cierto —respondió Bradford, sintiendo la importancia de las palabras de la dama—. A veces, las circunstancias más inesperadas pueden revelar aspectos de nosotros mismos que no sabíamos que existían.

—O aspectos de los demás —añadió ella en voz baja, sintiéndose como si estuviera ante el precipicio de un gran descubrimiento.

—Sí —asintió él, sus ojos buscaron los de ella durante un momento antes de soltarle la mano.

Mientras el corazón de Skye seguía acelerándose, no pudo evitar preguntarse qué significaba realmente aquella nueva conexión con lord Greenwich y si sería lo bastante fuerte como para capear la tormenta que se cernía sobre ellos.

—Bradford —empezó a decir ella vacilante, su voz apenas un susurro—. Hay algo que debo confesarte.

—Por favor —la instó él con suavidad, con sus ojos llenos de preocupación y curiosidad—, puedes hablar con total libertad conmigo.

Respirando hondo, le miró a los ojos azules, encontrando tanto consuelo como inquietud en sus profundidades.

—Desde nuestro encuentro aquí, me he visto bastante... afectada por tu presencia.

—¿Afectada? —repitió él en voz baja, con los latidos de su corazón acelerándose cuando ella lo admitió.

—Sí —continuó Skye, con las mejillas enrojecidas por una mezcla de deseo e incertidumbre—. No puedo negar que ha habido una creciente... conexión entre nosotros. Algo que me emociona y me asusta a la vez.

—Skye, querida —murmuró él, su tono bajo y ronco mientras se acercaba, acortando la distancia que los separaba—. Yo también debo admitir que mis sentimientos por ti se han intensificado con cada momento que pasamos juntos.

Su confesión le produjo un escalofrío a Skye, y dirigió su mirada a los labios de él, que se curvaron en una cálida sonrisa.

—¿Y qué puede significar esto para nosotros, Bradford?

—La verdad es que no lo sé —respondió él, y su sinceridad lo hizo aún más atractivo—. Pero sé que deseo explorar estos sentimientos, para ver adónde nos llevan.

—¿Incluso si nos lleva a un escándalo? —preguntó Skye mientras le volvía a mirar a los ojos, en busca de algún atisbo de duda.

—Sobre todo entonces —respondió él sin pausa, dedicándole una sonrisa pícara, con su determinación clara en la intensidad inquebrantable de su mirada—. Esta atracción que siento hacia ti es demasiado fuerte para negarla.

Mientras la última sílaba de la audaz declaración de Bradford permanecía en el aire, Skye se sintió atraída por la intensidad de sus ojos azules, con el corazón latiéndole desbocado en el pecho. Miles de pensamientos se agolpaban en su mente, cada uno más vertiginoso que el anterior. Sin embargo, en aquel momento, lo único que ansiaba era sentir el calor de su abrazo.

—¿Puedo? —susurró él, con un brillo de incertidumbre en los ojos mientras pedía su permiso.

—Sí —susurró Skye, la única palabra que contenía el peso de sus deseos no expresados.

Nada más pronunciar la palabra, Bradford se inclinó hacia ella, acortando la escasa distancia que los separaba. Su aliento le acarició la mejilla, coqueteando con los delicados mechones de pelo que enmarcaban su rostro. Y entonces, sus labios se encontraron en un beso tierno y apasionado, una sensación que encendió un fuego desconocido en su alma.

Se dejó llevar por su sabor exquisito, y sintió que sus dedos se enredaban en los mechones dorados de Bradford, atrayéndolo cada vez más cerca a medida que su beso se hacía más profundo. Sus cuerpos se apretaron y ella pudo sentir el calor que emanaba de él, abrasando las capas de tela que adornaban su cuerpo.

—Skye —murmuró él contra sus labios, y el sonido de su nombre en su lengua le produjo escalofríos—. Me has hechizado por completo.

—Bradford —respondió ella, disfrutando de la intimidad que les daba usar su nombre de pila

—. Ya no hay vuelta atrás, ¿verdad?

—No —respondió él, con un brillo travieso volviendo a sus ojos.

¿Era posible? Skye reflexionó, su corazón henchido de esperanza incluso aunque la duda amenazara con apoderarse de sus pensamientos. ¿Podría haber un futuro para ellos? En cualquier caso, lo deseaba y, por el momento, aceptaría lo que pudiera.

—Que estés aquí, en mi habitación. Es un riesgo monumental.

—Dulce Skye, ¿no te has enterado? —bromeó él, su aliento caliente acariciándole la oreja—. No soy ajeno al desafío, y con gusto desafiaría a las mismas estrellas si eso significara la oportunidad de tenerte entre mis brazos.

—Oh —susurró ella, sellando su destino con otro beso abrasador. Mientras sus labios bailaban en perfecta armonía, Skye se atrevió a creer que tal vez, solo tal vez, podrían desafiar al mundo y encontrar el amor verdadero entre los copos de nieve y las sombras.

La habitación parecía encogerse a su alrededor, la luz titilante de las velas proyectaba sombras que bailaban al compás de sus corazones acelerados. Los dedos de Skye seguían enredados en su pelo mientras él empezaba a explorar lentamente su cuerpo, sus manos y sus labios recorriendo su piel.

—Bradford —suspiró ella, con una voz apenas audible por encima del sonido de los latidos de su propio corazón. Cuando sus manos recorrieron las curvas de su cintura y sus caderas, sintió que un fuego familiar la consumía por dentro. Era una llama nacida de la pasión, alimentada por el deseo y avivada por el tierno pero insistente contacto del hombre que tenía delante.

—Skye —murmuró él en respuesta, con un tono inquisitivo, pidiendo permiso para su viaje a las profundidades del deseo.

—Sí —exhaló ella, concediéndole todo lo que buscaba... y más. Por mucho que el miedo y la incertidumbre la acosaran, Skye no podía negar el embriagador encanto de aquella pasión recién descubierta.

Sus labios volvieron a encontrarse con los de ella y su beso se hizo más profundo mientras sus manos continuaban explorándola con suavidad. Recorrió con las yemas de los dedos la curva de su cadera, su costado y la suave turgencia de su pecho. La delicada tela que los separaba ofrecía poca resistencia al calor de sus caricias; no se parecía a nada que ella hubiera experimentado antes.

Mientras sus labios bajaban por su cuello, dejando una marca invisible en su piel con cada beso, Skye sintió un nudo en la garganta. Miles de pensamientos pasaron por su mente, un torbellino de emociones y temores luchando contra la innegable atracción hacia el hombre que la abrazaba, lo que suponía un verdadero peligro para su corazón. Había cuidado de su difunto marido y disfrutado de su deporte marital en la cama, pero nunca había sentido tanta intensidad. Una conexión tan profunda.

—¿Es esto realmente lo que quieres? —preguntó ella, con la voz temblorosa por el peso de sus dudas.

—Más que nada, amor —respondió Bradford, con los ojos clavados en los de ella, revelando la intensidad de su propia vulnerabilidad—. Pero solo si es lo que tú también quieres.

—Bradford, yo... —vaciló ella, de repente abrumada por la enormidad de su decisión. Lo que se estaban planteando iba en contra de todo lo que era correcto. Y, sin embargo, mientras lo miraba a los ojos, Skye no podía imaginarse rechazándolo.

—Skye —susurró él, con voz suave pero insistente—. Nunca te obligaría a hacer algo que no desees. Pero si desees que sigamos juntos este camino, te prometo que protegeré tu corazón con cada fibra de mi ser.

—Esa es una promesa audaz —respondió ella, con su decisión tomada, su corazón rebosando con un nuevo valor. Después de todo, era viuda. Hacía tiempo que había renunciado a su inocencia y hacía demasiado tiempo que no experimentaba el placer de hacer el amor.

—Hazme el amor.

—Eso voy a hacer —juró—, y no pararé hasta que estés débil y saciada en mis brazos.

Sin palabras, ella atrajo los labios de él hacia los suyos.

Su beso fue una puerta a un mundo de salvaje desenfreno. En sus brazos, se sintió segura, como si no le pudiera ocurrir nada, como si estuviera destinada a estar allí. Ya no era la viuda que había perdido a su amado, ahora era la mujer que había encontrado la verdadera pasión, una pasión que, independientemente de las consecuencias, viviría para siempre en su corazón.

Bradford le fue desabrochando lentamente el vestido y su actitud despreocupada fue sustituida momentáneamente por una ternura que desmentía su reputación de canalla. A medida que cada prenda se iba soltando, quedaba al descubierto una tentadora visión de su piel de alabastro, que provocaba escalofríos en ambos.

—Eres despampanante —susurró él, sus ojos azules, normalmente tan vibrantes y traviesos, tenían ahora una emoción intensa que ella nunca había visto—. Dime que quieres esto. Que me desees.

—Más que nunca, Bradford —respondió ella, con voz firme a pesar de los temblores que le recorrían el cuerpo—. Deseo estar contigo, compartir esta parte de mí contigo.

—Yo también —murmuró él, reanudando su trabajo con renovado propósito.

Le soltó la camisola. La tela se deslizó por sus hombros y se acumuló a sus pies, dejándola vulnerable y expuesta ante él. Pero en lugar de sentir vergüenza o pudor, Skye se deleitó en la sensación, envalentonada por la pasión que se encendía en su interior como un fuego abrasador.

—Preciosa —dijo Bradford en un suspiro, sus manos dudaron un momento antes de trazar suavemente los contornos de su cuerpo, cada roce encendiendo chispas que bailaban sobre su piel—. Eres preciosa.

—Bradford —jadeó ella cuando las yemas de los dedos de él rozaron su clavícula, bajaron por el valle entre sus pechos y llegaron aún más lejos. La sensación de sus manos explorándola, la calidez de su tacto, no se parecía a nada que hubiera experimentado antes: una embriagadora combinación de excitación y deseo que la dejó sin aliento.

—Dime qué te gusta —le susurró él al oído, con el tono ronco de su voz provocándole escalofríos—. Quiero darte placer.

—Tus caricias son todo lo que siempre he deseado —admitió ella, con el corazón acelerado—. Por favor, no pares.

—No temas, amor —murmuró él, rozándole la sien con los labios mientras la llevaba a la cama. Se tumbó a su lado y sus manos reanudaron la exploración, avivando con cada caricia las llamas de su pasión.

Una pizca de luz de luna proyectaba un resplandor plateado sobre los amantes entrelazados en la habitación íntima mientras el viento soplaba contra la ventana. Le acarició el rostro con suavidad y volvió a buscar sus labios en una unión apasionada. Sus respiraciones se entremezclaban mientras sus cuerpos se movían al unísono, cada roce y cada caricia los acercaba más, hasta que los límites entre donde terminaba uno y empezaba el otro se difuminaron.

Bradford la recorrió con los dedos. Trazó intrincados dibujos en su piel, encendiendo un fuego en su interior que pedía ser sofocado. Bajó los labios hasta su cuello, marcando el camino hasta la clavícula con suaves mordiscos y besos que la dejaron jadeando.

—Bradford, por favor —jadeó ella, mientras su cuerpo se retorció bajo él con una necesidad

primaria que era incapaz de negar.

—¿Estás segura? —preguntó él, con preocupación en su voz que apenas ocultaba el deseo que amenazaba con consumirlos a ambos.

—Más que nada —susurró ella, con los ojos brillantes en una súplica tácita.

Desaparecieron todas las dudas, y su pasión se hizo más ardiente por momentos. Se agachó para quitarle las medias de seda una a una, masajeándole las pantorrillas con dedos hábiles antes de besarla por las piernas. Ella jadeó ante la sensación y los dedos de los pies se le curvaron ante la expectativa.

Su respiración se entrecortó cuando él siguió deslizándose hacia abajo, besándola a lo largo de la cara interna del muslo, acercándose cada vez más al punto donde más lo deseaba. Skye se aferró a su pelo, incitándole a seguir, y gimió suavemente cuando él rozó sus pliegues sensibles con la lengua. La sensación era deliciosa, y supo que debía apartarlo, pero el deseo le prohibía negarse a cualquiera de los dos, por desvergonzada que fuera su acción.

Sus dedos se abrieron paso en su interior, acariciándola y provocándola hasta que ella jadeó su nombre. Profundizó más, buscando su punto más dulce, haciendo que oleadas de placer recorrieran su cuerpo. Ella gritó, se arqueó contra él y sus uñas se clavaron en los hombros de él cuando todo pensamiento de decoro desapareció.

Lo sintió duro contra su abertura y, con una lenta embestida, la llenó. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando sus miradas se cruzaron. Sonrieron juntos, sus corazones latiendo a un ritmo perfecto mientras se movían juntos en una danza de deseo que duraría hasta bien entrada la noche.

Los labios de él volvieron a encontrarse con los de ella, y sus besos se hicieron más intensos a medida que se movían juntos en un frenesí de pasión. Skye se aferró a él y sus uñas dejaron huella en su espalda, clavándose en su piel mientras él la seguía embistiendo.

Cuando alcanzaron el clímax, sus cuerpos se entrelazaron y gritaron sus nombres. El mundo que los rodeaba desapareció y lo único que importaba era el calor y la pasión que los consumía.

—Bradford —dijo ella, con la voz impregnada de pasión, mientras su cuerpo temblaba bajo las caricias expertas de él—. No sabía...

—Yo tampoco —admitió él, con la mirada nublada de asombro y admiración ante la intensidad de su conexión—. Hemos encontrado algo realmente extraordinario.

Lentamente, sus respiraciones volvieron a la normalidad y Bradford la abrazó, deslizando sus dedos por el pelo de ella.

—Nunca había deseado a nadie así —murmuró él, con la voz áspera por la emoción—. No sé qué pensar de esto, Skye.

Ella apoyó la cabeza en su pecho, sintiendo los latidos de su corazón.

—Yo siento lo mismo —susurró—. Te necesitaba... a ti.

Bradford le acarició la mandíbula con la barbilla cubierta de barba incipiente, y su tacto le produjo a Skye escalofríos.

—Aquí, esta noche, en este lugar, en esta habitación, soy tuyo —respondió con voz grave y ronca.

El fuego crepitaba al fondo, proyectando sombras oscilantes en la pared, y fuera la nieve seguía cayendo, creando un mundo aparte. Pero por el momento, estaban a salvo en los brazos del otro, perdidos en la magia del momento.

El calor de su unión permanecía en el aire mientras ella se acurrucaba contra su pecho, inhalando su aroma, una mezcla de pino y almizcle.

—Entonces no salgamos nunca de esta habitación —dijo en voz baja, con los ojos cerrados,

saboreando el momento.

Él se rio y le besó la coronilla.

—Milady, creo que eso es imposible —bromeó—. Pero este no será nuestro final. Encontraremos la forma de escabullirnos de las miradas indiscretas. No te preocupes.

Sus labios se encontraron de nuevo en un tierno beso, su pasión ahora sustituida por una lenta y sensual danza de lenguas que los dejó a ambos sin aliento una vez más. Mientras se deleitaban el uno con el otro, sentían el calor del fuego en su piel, los copos de nieve golpeando suavemente los cristales de las ventanas y la promesa de la pasión que aún estaba por llegar.

Con un suspiro de satisfacción, Skye se dejó envolver por el calor del abrazo de su amante, un hormigueo le seguía recorriendo el cuerpo por sus aventuras previas. Y mientras la nieve seguía cayendo fuera, cubriendo el mundo con su belleza serena, se dio cuenta de que la posibilidad de ser feliz con Bradford Seymore, marqués de Greenwich, era un riesgo que estaba dispuesta a correr. Parecía que el universo entero se había conjurado para unirlos, en medio de la danza de copos de nieve que se arremolinaban y el calor de su recién descubierto afecto.

Seis

Skye dio un mordisquito al faisán asado, degustando los ricos sabores que se extendían por su lengua. Frente a ella, en la larga mesa del comedor, Bradford la observaba atentamente, admirando el brillo sonrosado de sus mejillas a la luz titilante del fuego.

—Estoy deseando que empiecen las actividades de esta tarde —dijo Skye, limpiándose los labios con una servilleta de lino.

Bradford sonrió y sus ojos azules brillaron con picardía.

—Creo que las actividades de la tarde te resultarán muy agradables, milady.

Skyeladeó la cabeza, intrigada por el matiz de misterio en su voz.

—¿Y por qué, milord? ¿Tienes alguna sorpresa preparada?

—Tendrás que esperar y ver —respondió él con ligereza, aunque en su fuero interno se le aceleró el corazón al pensar en llevársela a dar un paseo privado en trineo por las colinas y valles nevados que rodeaban la posada.

Ella soltó una carcajada, un sonido musical que lo dejó sin aliento.

—¡Eres incorregible manteniendo en suspense a una dama! —Se inclinó hacia delante, con una sonrisa burlona en los labios—. Ya te lo sonsacaré, lord Greenwich.

—Estoy deseando que lo intentes, milady —dijo él, el deseo despertándose al imaginarse robando un beso de aquellos dulces labios durante su aventura en trineo. Por el momento, disfrutaría de mantenerla expectante, aunque su propia emoción aumentara.

Bradford había preparado discretamente el trineo, hablando en voz baja con el posadero. Puso unas monedas extra en la palma de la mano del hombre, para asegurarse de que su viaje no se viera interrumpido.

Mientras esperaba el momento perfecto, la mirada de Bradford se detuvo en Skye. Sus rizos dorados brillaban a la luz del sol invernal que entraba por las ventanas del comedor. Ella se reía alegremente de algún comentario de otro invitado, y el sonido lo calentaba más que cualquier fuego.

«Pronto», pensó deleitándose con su belleza. Pronto la tendría toda para él, aunque solo fuera por un rato. El trineo los esperaba, las mantas estaban listas y el claro de la colina que había explorado anteriormente sería un buen lugar aislado para robarle algo más que un beso a su cautivadora acompañante. La expectación bullía en su interior.

Mientras tanto, Skye se fijó en el ajetreo del personal de la posada, que se preparaban para algo. Vio a unos mozos de cuadra que sacaban unos caballos bien cepillados, con el pelaje brillante y decorados con plumas festivas. Las criadas pasaban por el comedor, añadiendo leños a las chimeneas con una eficiencia silenciosa.

«¿Qué estarán tramando?», se preguntó Skye, intrigada. Miró a Bradford, pero parecía

ocupado hojeando un periódico, sin revelar nada. Aun así, percibió en él un aire de expectación, aunque no pudo adivinar el motivo.

«Algo maravilloso está en marcha», pensó con una sonrisa, pero seguía sin conocer el plan de Bradford. Por el momento, el misterio continuaba, incluso cuando Bradford apenas podía contener su entusiasmo detrás de su periódico por su inminente cita en trineo.

Dobló el periódico y se levantó, alisándose el chaleco. Se acercó a Skye y le hizo una leve reverencia.

—Milady, ¿quieres tomar un poco de aire fresco? —preguntó extendiendo el brazo—. La nieve ha amainado y hace un buen día para pasear.

Los ojos de Skye se iluminaron ante la perspectiva.

—Pues sí, milord, suena divino. —Le puso la mano enguantada en el pliegue del codo—. Aunque apuesto a que tienes planeado algo más que un simple paseo por los jardines.

La boca de Bradford se torció.

—Me conoce demasiado bien, lady Skye. Puede que tenga preparadas una o dos sorpresas.

Su risa musical resonó por la habitación.

—¡Excelente! Me encantan las sorpresas.

Salieron juntos al exterior, el aire frío era vigorizante tras el calor sofocante de la posada. Skye se quedó boquiabierta al contemplar la inmaculada nieve que cubría el paisaje, reluciente bajo el sol invernal. A lo lejos, los esperaba un trineo, con dos impresionantes caballos pateando el suelo con impaciencia.

—Milord, no era necesario —exclamó ella. Se volvió hacia él, con las mejillas enrojecidas por el frío—. Esto es demasiado. No sé cómo agradeceréte.

Sus ojos brillaron mientras recorrían su rostro.

—Se me ocurren algunas maneras, milady —murmuró él. La cogió de la mano y la guio hacia el trineo y hacia la romántica aventura que les esperaba.

Skye dejó que la ayudara a subir al trineo, recogiendo las faldas para hacer sitio en el asiento de terciopelo. Mientras ella se acomodaba, él cogió una gruesa manta de lana y se la echó suavemente sobre los hombros.

—No queremos que cojas frío —le dijo, con voz grave y acariciadora.

Skye se aferró a la manta, consciente de la proximidad del marqués, mientras él se sentaba a su lado. Respiró el aire fresco y perfumado de pinos, admirando los árboles cargados de nieve por los que pasaban.

—Es tan tranquilo —comentó en voz baja—. Como si fuéramos las dos únicas personas del mundo.

La mirada de Bradford se detuvo en el perfil de Skye.

—Es cierto que da esa sensación.

Él se acercó hasta que sus muslos se tocaron y el corazón de ella se aceleró. Las campanas del trineo tintineaban alegremente mientras se deslizaban sobre la nieve, pero ella solo podía concentrarse en la resistencia de la pierna de él apretada contra la suya.

Estar a solas con Bradford de aquella manera era muy impropio, incluso para una viuda. Pero se dio cuenta de que no le importaba. Quería incluso más. Más tiempo con él, más caricias y besos. Lo quería todo de él. Qué revelación, pero ¿podrían tener un futuro juntos?

Skye dejó que su mirada recorriera las colinas y los valles cubiertos de nieve, encontrando belleza en la forma en que la luz del sol brillaba en las ramas heladas de los árboles. Inhaló profundamente, el aire frío le escocía en los pulmones.

—Huele tan fresco y limpio aquí fuera —comentó ella—. Como si el mundo entero estuviera

como nuevo.

Él se rio.

—Confío en que encuentres poesía en el paisaje, Skye.

—Calla, estoy disfrutando del momento —bromeó ella, dándole un codazo juguetón.

Él sonrió, arrugando las comisuras de los ojos. Skye sintió que el corazón le daba un vuelco. Cuando sonreía así, tan juvenil y desprevenido, era demasiado atractivo.

Durante un rato, el paseo continuó en un cómodo silencio en el que solo se oía el rítmico repiqueteo de los cascos y el suave tintineo de las campanillas. Skye le miró de reojo el perfil, admirando la poderosa línea de su mandíbula y la forma en que la luz del sol invernal resaltaba los reflejos dorados de su cabello despeinado.

—Me estás mirando fijamente, milady —dijo él, aunque sus ojos seguían fijos hacia delante.

Ella se sonrojó, sorprendida.

—Estaba pensando en lo guapo que estás hoy. —Se inclinó más hacia él—. De hecho, me pareces irresistible.

Él se volvió para mirarla, con una ceja arqueada.

—¿Ah, sí?

Su voz era grave y sugerente. Ella sintió que sus mejillas se encendían aún más, pero se negó a retroceder ante el desafío tácito de sus ojos.

—Sí —afirmó con valentía—. ¿Qué piensa hacer al respecto, milord?

Los labios de Bradford se curvaron en una sonrisa pícaro.

—Bueno, ya que me encuentras tan irresistible...

Le rodeó los hombros con un brazo y la acercó hasta que sus cuerpos quedaron apretados bajo la manta. Ella jadeó suavemente al sentir el contacto y su pulso se aceleró. Su rostro estaba a escasos centímetros del de ella, su aliento caliente contra su piel.

—Supongo que tendré que besarte a fondo —murmuró.

Ella cerró los párpados cuando la boca de él descendió sobre la suya. Sus labios, firmes pero suaves, se movían sobre los suyos, provocándole deliciosos escalofríos. Ella suspiró durante el beso y levantó una mano para rodearle la nuca, enredando los dedos en el suave cabello de la nuca.

Bradford profundizó el beso, separando sus labios con la lengua para acariciarlos ardientemente. La excitación se agolpaba en su vientre, cada nervio estaba vivo y se estremecía. Se movió inquieta contra él, deseando más contacto.

Con un gemido grave, Bradford rompió el beso, con la respiración agitada.

—Maldita sea, mujer. Las cosas que me haces.

Ella le sonrió tímidamente a través de las pestañas.

—Te aseguro, milord, que el sentimiento es mutuo.

Los ojos de él se oscurecieron, las pupilas se dilataron con un deseo irrefrenable.

—Pícaruela —gruñó cariñosamente antes de abalanzarse sobre ella para capturar sus labios una vez más.

Skye suspiró feliz ante el ardiente beso, y su cuerpo se derritió contra el cuerpo firme de él. El paisaje invernal se desvaneció hasta que no existió nada más que ellos dos, envueltos el uno en el otro y en la creciente pasión que había entre ellos.

Bradford le acarició la mandíbula y descendió por su esbelta garganta. Ella inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos mientras se abandonaba a las sensaciones placenteras.

—Te deseo, Skye —ronroneó él contra su piel—. Aquí, ahora. Di que me dejarás hacerte el amor.

Sus atrevidas palabras la estremecieron. Aunque estaban solos en el aislado paisaje invernal, una cita tan impulsiva era demasiado impropia. ¿Y qué decir del frío aire invernal? Sin embargo, en ese momento le daba igual el decoro, su cuerpo le dolía de necesidad por aquel hombre.

—Sí —exhaló, encontrándose con su intensa mirada azul.

En una ráfaga de movimientos, se colocaron las mantas y se despojaron de la ropa hasta que solo quedó carne contra carne. Skye se estremeció cuando el aire frío chocó con su piel desnuda, pero el cuerpo caliente de Bradford bajo la manta hizo desaparecer rápidamente el escalofrío.

La amó con las manos y la boca hasta que ella se retorció bajo él, desesperada y preparada. Con un gemido, unió sus cuerpos en una suave caricia. Ella gritó, arqueándose a su encuentro.

Mientras se movían al unísono con un ritmo primitivo, el mundo se redujo a pura sensación. La nieve se arremolinaba a su alrededor, pero ellos solo sentían el calor de la pasión, la intensidad creciendo hasta que el éxtasis se apoderó de ellos.

Después se tumbaron entrelazados bajo las mantas, con la piel enrojecida y el corazón acelerado mientras su aliento formaba columnas heladas en el aire invernal. Skye sonrió a aquel hombre sorprendente, enloquecedor e irresistible que la hacía sentir realmente viva por primera vez en toda su vida.

Se acurrucó contra su ancho pecho, con el cuerpo aún vibrando por el apasionado encuentro. Sus brazos la envolvieron en un abrazo cálido y seguro mientras recuperaban el aliento, con la evidencia de su encuentro humeando en el aire frío.

Ella levantó la cabeza para mirarlo, sus rasgos cincelados estaban suavizados por el resplandor.

—Ha sido... —empezó ella, buscando las palabras adecuadas.

—Increíble —contestó él, con voz grave. Le apartó de la cara un rizo humedecido por el sudor y la miró con evidente admiración.

Las mejillas de Skye se sonrojaron y una tímida sonrisa se dibujó en sus labios.

—Sí, increíble —coincidió ella. Trazó con los dedos dibujos abstractos sobre su pecho desnudo—. Incluso diría que ojalá la nieve no se derritiera nunca.

Siete

Skye se asomó a la ventana cubierta de escarcha y contempló el paisaje nevado. La tormenta los había atrapado allí, aislados en esa remota posada. Temblaba, aunque no de frío. Un doloroso vacío floreció en su pecho. Había encontrado alegría en ese lugar, se había derretido la escarcha que rodeaba su corazón. Risas, pasión, una luz burlona en unos ojos azules sonrientes que le calentaban la sangre. Pero era efímero, un mero capricho destinado a desvanecerse.

Era la condesa viuda de Hampton, una mujer que todos sabían que no había tenido heredero. Bradford algún día sería duque, su camino estaba escrito en piedra. Venían del mismo mundo, y ambos conocían las expectativas de la sociedad. Él necesitaría una esposa capaz de asegurar su linaje. Aquel momento robado de pretensión no podía durar.

Unos fuertes brazos la envolvieron por detrás. Se relajó en el abrazo de Bradford, saboreando su calor.

—Estás temblando —murmuró él contra su cabello—. ¿Qué te preocupa, querida?

Skye vaciló.

—Nada.

La mentira se escapó, tan delicada como los copos de nieve que pasaban por la ventana.

Bradford la giró suavemente hacia él, levantándole la barbilla para que lo mirara con seriedad. Le dio un ferviente beso en la frente y luego en los labios, una promesa sellada de pasión.

Cuando se fundió en su abrazo, el dolor que sentía en su interior resplandeció con una frágil esperanza. El futuro seguía siendo incierto, pero allí y en ese instante, se tenían el uno al otro. Por el momento, era suficiente.

Skye se apartó ligeramente, encontrándose con la mirada de Bradford.

—Ven, salgamos un momento de esta habitación —sugirió él, cogiéndole la mano—. Hay una biblioteca abajo. Nada como el consuelo de los libros para levantar el ánimo.

Skye le permitió que la sacara de la habitación y bajaron por la gran escalera hasta la biblioteca de la posada. Era tal como Bradford había prometido: cálida y acogedora, con estanterías de roble del suelo al techo repletas de volúmenes encuadernados en cuero. Un fuego crepitaba alegremente en la chimenea, ahuyentando el frío invernal.

Inhaló profundamente, sintiéndose inmediatamente aliviada por los olores familiares del pergamino y el lustre de la madera. Bradford la guio hasta un sillón de felpa cerca del fuego y le entregó un libro de poesía.

—¿Me lo lees? —le preguntó él con una sonrisa juguetona mientras se acomodaba en el sillón contiguo.

Skye se sonrojó, emocionada en secreto por aquel atisbo del lado romántico que se escondía

bajo su exterior desenfadado. Abrió el libro de sonetos y empezó a leer en voz alta, dejándose llevar por las bellas palabras.

Por el momento, el mundo exterior se desvaneció. Solo existía aquel momento compartido de literatura, risas y creciente intimidad entre ellos.

Su voz vaciló al leer el siguiente soneto, y las palabras despertaron recuerdos agridulces de su difunto marido. Aunque su matrimonio había sido un matrimonio obligado, habían compartido algunos momentos preciosos de afecto genuino. Pensó en cómo no había podido darle un hijo, el heredero que él deseaba tan desesperadamente.

Miró a Bradford. Necesitaría un heredero para continuar con su noble linaje. Era lo que se esperaba de cualquier caballero de su posición. Los sentimientos familiares de incapacidad y tristeza volvieron a aflorar en su interior.

Al notar el cambio en su estado de ánimo, Bradford se acercó a ella y le dio un apretón suave y tranquilizador en la mano.

—Es evidente que algo te preocupa —le dijo.

Skye levantó la vista, sorprendida.

—Estaba pensando en el pasado. En mi matrimonio.

—¿Fue una unión feliz? —preguntó Bradford.

—En su mayor parte —dijo Skye—. Aunque el nuestro fue un matrimonio de conveniencia, llegamos a compartir afecto verdadero. Pero con el tiempo, mi incapacidad para darle un heredero al conde pesó mucho en nuestro matrimonio.

—Sé que la sociedad ejerce una inmensa presión sobre las mujeres para que tengan hijos, especialmente en la aristocracia —dijo Bradford—. Pero el valor de una mujer no se define únicamente por su fertilidad. Eres mucho más que eso: inteligente, ingeniosa, cariñosa. Cualquier hombre sería afortunado de tenerte a su lado, con o sin hijos.

Los ojos de Skye se empañaron ante sus palabras sinceras. Había pasado tantos años creyéndose deficiente e indigna de amor. Pero allí estaba ese hombre, aceptándola tal como era y amándola plenamente.

—¿Lo dices en serio? —susurró ella.

—Cada palabra —respondió Bradford, con una mirada tierna.

Por primera vez, Skye permitió que una chispa de esperanza en el futuro parpadeara en su corazón.

Skye miró a los amables ojos de Bradford y sintió que la sinceridad de sus palabras la inundaba. Pero una pequeña voz de duda aún rondaba en el fondo de su mente.

Mientras volvían al salón, no podía evitar que sus pensamientos dieran vueltas. ¿Sería cierto que Bradford la aceptaba? ¿Con imperfecciones y todo? ¿Seguiría queriéndola si nunca le diera hijos? ¿Deseaba siquiera un futuro con ella?

El crepitar del fuego les proporcionó un cálido resplandor cuando entraron en la habitación y se acomodaron en el sofá. Ahora que estaban solos, Skye percibió sus dudas.

—¿Hay algo que te preocupa? —le preguntó suavemente.

Bradford se pasó una mano por sus mechones dorados.

—Supongo que, siendo sinceros, yo también tengo mis propias inseguridades —admitió él.

Ella ladeó la cabeza, sorprendida. Él siempre había parecido la viva imagen de la confianza masculina.

—Continúa —le animó.

—Me preocupa que mi reputación me preceda —confesó Bradford—. La bebida, el juego, las mujeres... —Sacudió la cabeza con pesar—. No es precisamente un comportamiento

honorable para un futuro duque.

Ella escuchó atentamente, dándose cuenta de que ambos cargaban con sus pasados.

—Quiero ser un hombre mejor, Skye —continuó, con la voz cargada de emoción—. Contigo, siento que puedo dejar atrás esos vicios. Por eso tu buena opinión significa mucho para mí.

Skye le tomó la mano y le dio un apretón comprensivo. El futuro era incierto, pero en aquel momento, su vínculo parecía inquebrantable.

Respiró hondo, armándose de valor. Era el momento de desnudar su alma.

—Confieso que tengo dudas —empezó ella, con la voz ligeramente temblorosa—. Dudo que alguna vez sea realmente suficiente para ti. —Bradford frunció el ceño, pero guardó silencio y la dejó continuar—. Podrías elegir a cualquier joven a pesar de tu reputación —continuó Skye—. Una que pudiera darte herederos, continuar tu linaje. Me temo que mis fracasos en ese sentido siempre me perseguirán.

Una lágrima recorrió su mejilla. Bradford alargó la mano y se la apartó con suavidad. Sus ojos irradiaban ternura y preocupación.

—Mi querida y dulce Skye —murmuró él—. Te prometo que tu valor va mucho más allá de tu capacidad para tener hijos.

Skye parpadeó, casi sin creerse la compasión de sus palabras.

—Desde el momento en que nos conocimos, vi tu corazón bondadoso, tu mente ágil —continuó Bradford—. No debes definirte por una limitación percibida. La culpa puede haber sido del conde. En cualquier caso, para mí eres perfecta, tal como eres.

Abrumada por la emoción, Skye dejó que su cabeza descansara en el hombro de Bradford. Después de todo, tal vez el futuro fuera esperanzador. Por ahora, se tenían el uno al otro, y eso era suficiente.

Skye sintió que sus dudas desaparecían bajo la mirada sincera de Bradford. Era un hombre que la veía de verdad, con sus imperfecciones y todo, y que seguía encontrando valor en quien era.

En ese momento, el decoro y la duda desaparecieron. Cogió la mano de Bradford, con el deseo brotando de su interior, y lo condujo sin palabras a su alcoba.

Una vez dentro, se acercó a él y lo besó apasionadamente. A medida que sus ropas se aflojaban y caían, ella se maravillaba de lo perfectamente que sus cuerpos encajaban, como dos mitades separadas desde hacía mucho tiempo y finalmente unidas.

Sus manos se movieron sobre ella con reverencia, despertando partes de ella a las que solo él había llegado. Ella se arqueó hacia él, entregándose por completo a las exquisitas sensaciones.

Hacían el amor con intensidad y ternura a la vez, expresándose con suspiros, jadeos y murmullos de afecto. Todos sus miedos, todo su dolor, se disolvieron, dejando solo pura conexión y felicidad.

Después, descansaron entrelazados, agotados y en paz. Skye yacía acurrucada en los brazos de Bradford, con la cabeza cómodamente apoyada en su pecho mientras escuchaba el relajante ritmo de los latidos de su corazón. Los dedos de él recorrían perezosamente su espalda, provocándole pequeños escalofríos. Suspiró satisfecha, flotando aún en una bruma de saciedad.

Bradford le dio un beso en la coronilla e inhaló el aroma floral de su pelo. Se maravilló de lo bien que encajaba su pequeña figura contra él, como dos piezas de un rompecabezas. Después de años de aventuras sin sentido, por fin comprendió la diferencia entre desear el cuerpo de una mujer o amar su alma. Con Skye, era como si estuviera haciendo el amor por primera vez.

Skye levantó la barbilla para encontrarse con la mirada de Bradford, sus ojos brillaban con una nueva sensación de esperanza.

—¿En qué estás pensando? —preguntó en voz baja.

Bradford sonrió y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—En la suerte que tengo de haberte encontrado —respondió.

Skye se ruborizó. Nunca nadie la había mirado como Bradford, con tanta sinceridad y adoración. Entonces se dio cuenta de que le pertenecía. Su corazón y su alma eran irrefutablemente suyos.

La prudencia le impidió pronunciar las palabras que tenía en la punta de la lengua, pero su corazón no se quedaría en silencio.

—Te quiero —susurró ella.

La cara de Bradford se iluminó. La apretó contra él y acercó sus labios a los de ella en un beso apasionado y prolongado. Cuando por fin se separaron, sin aliento, él murmuró contra la boca de ella:

—Yo también te quiero, mi querida Skye. Más de lo que puedas imaginar. —Le cogió la mano y la estrechó contra su pecho desnudo—. Cásate conmigo, mi querida Skye.

El corazón de Skye se aceleró al oír sus palabras. Nunca había esperado encontrar un amor así. Ella sonrió al hombre que la había aceptado con sus defectos, y dijo:

—Sí, Bradford. —Su voz rebosante de felicidad y seguridad—. Me casaré contigo.

La puso boca arriba y se acomodó entre sus muslos mientras le besaba la mejilla antes de murmurar:

—Me has hecho el más feliz de los hombres.

Sonriendo, Skye le rodeó el cuello con los brazos e inclinó las caderas para darle la bienvenida.

—Y tú, mi amor, has hecho realidad todos mis sueños.

Bradford penetró lentamente en sus cálidas y tentadoras profundidades y, mientras se movían juntos, el tiempo pareció detenerse. Sin dudas, sin miedos, sin remordimientos, solo amor puro e incondicional.

Ambos habían tenido una segunda oportunidad en el amor, y ya no había duda de que era real. Estaban hechos el uno para el otro y lo sabían. Nada podía impedirles abrazar la alegría que el destino había puesto en su camino.

Saciados, volvieron a abrazarse y ambos contemplaron en silencio lo mucho que había cambiado su vida en tan poco tiempo. El futuro, antes envuelto en soledad, ahora parecía prometedor: la oportunidad de curar viejas heridas y construir una nueva vida juntos.

Ocho

El brillante sol de la mañana resplandecía sobre la capa de nieve fresca mientras Bradford cargaba el último equipaje en el carruaje. Se volvió para ver la silueta de Skye en la puerta de la posada Rosewood, bien envuelta en su capa para protegerse del frío.

—Echaré de menos este lugar —dijo ella con nostalgia, contemplando el acogedor interior.

Bradford se acercó a ella y tomó su mano enguantada entre las suyas.

—Yo también, querida. Pero nuestra próxima aventura nos espera.

Skye le regaló una sonrisa radiante que hizo palpar su corazón. Cómo le gustaba hacerla feliz.

Tras despedirse cordialmente del amable posadero, se acomodaron en el lujoso interior del carruaje. Cuando los caballos empezaron a trotar por la carretera nevada, Skye se acurrucó contra Bradford, apoyando la cabeza en su hombro.

—Imagínatelo, mi amor —dijo soñadora, mientras contemplaba el paisaje invernal—. Dentro de unos días seremos marido y mujer.

Bradford le dio un beso en la frente e inhaló su aroma floral.

—Estoy impaciente por convertirte en mi esposa. Pero tengo la intención de saborear cada momento de este viaje contigo.

Skye suspiró satisfecha.

—Yo también, cariño. Yo también.

El carruaje avanzó a través de la campiña helada, mientras la pareja de recién prometidos se deleitaba en su intimidad. Ambos estaban alegres por el futuro que les esperaba, pero también sentían gratitud por aquel tiempo mágico que habían pasado juntos. Por el momento, solo tenían ojos el uno para el otro y para la belleza de un mundo que parecía nuevo debido a la nieve.

Viajaron largo y tendido, pasando el tiempo juntos hablando y planeando el futuro, además de compartir apasionados besos y caricias. Mientras tanto, el carruaje atravesaba la campiña nevada, acercándolos cada vez más a su destino. Cuando por fin se divisó el pueblo de Gretna Green, Skye presionó su rostro contra la ventanilla, con los ojos encendidos.

—¡Oh, Bradford, mira! —exclamó—. Es precioso.

Bradford contempló el pintoresco pueblo enclavado entre las ondulantes colinas. De las chimeneas de piedra salían volutas de humo que daban un aire acogedor a los edificios históricos. La nieve fresca brillaba bajo el sol invernal.

—Sin duda tiene su encanto —convino él, apretándole la mano.

El carruaje avanzó por la calle principal, pasando junto a tiendas y posadas decoradas con coronas de acebo. Los aldeanos, abrigados con lana, saludaban con la cabeza. El ambiente era cálido y acogedor.

Cuando llegaron a la posada Black Horse, Bradford bajó a Skye del carruaje y se dio la vuelta para contemplar el paisaje. Más allá del pueblo, el escarpado paisaje escocés se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

—¿Qué te parece, querida? —preguntó Bradford, deslizando un brazo alrededor de su cintura.

—Es absolutamente perfecto —dijo ella. Le miró con los ojos brillantes—. No se me ocurre un lugar más perfecto para nuestra boda.

Bradford le rozó la sien con los labios.

—Yo tampoco, mi amor.

Cogidos del brazo, entraron en la acogedora posada, dispuestos a comenzar el siguiente capítulo de su aventura juntos.

Skye se despertó la mañana de Navidad y encontró la pintoresca habitación de la posada Black Horse bañada por el suave resplandor del amanecer. Se estiró bajo el edredón y sonrió al recordar dónde estaba. Hoy era el día en que se convertiría en la señora de Bradford Seymore, marquesa de Greenwich.

El hombre en cuestión seguía durmiendo profundamente a su lado, con un brazo colocado despreocupadamente sobre la cintura de ella. Skye se tomó un momento para admirar a Bradford, con sus rasgos apuestos relajados en su sueño. Su corazón rebosó amor por aquel hombre complejo que lo había robado por completo.

Incapaz de resistirse, se inclinó hacia él y le besó suavemente la mandíbula. Él se movió y una lenta sonrisa se dibujó en su rostro antes incluso de que abriera los ojos.

—Buenos días, cariño —murmuró somnoliento, acercándose a ella—. ¿Cómo has dormido?

—Estupendamente —suspiró ella, acurrucándose en el calor de su abrazo. Fuera, gruesos copos de nieve se deslizaban por los cristales de las ventanas—. ¡Y está nevando otra vez! Será una boda navideña perfecta.

Bradford soltó una risita, el sonido retumbó agradablemente bajo su mejilla.

—Mientras me case contigo, mi amor, podría estar lloviendo fuego y azufre y seguiría siendo perfecto.

Skye levantó la cabeza para encontrarse con su mirada de adoración y acercó los labios a los suyos en un beso largo y prolongado. Cuando por fin se separaron, susurró:

—Estoy deseando ser tu esposa.

Él le acarició el pelo con ternura.

—El sentimiento es totalmente mutuo. Ahora ven, comencemos este glorioso día.

Cogidos de la mano, se dispusieron a explorar los encantos de Gretna Green antes de su íntima ceremonia navideña. El corazón de Skye rebosaba de alegría y expectación. Sería un día que atesoraría el resto de su vida.

Una vez fuera, respiró hondo, inhalando el fresco aire invernal mientras Bradford y ella paseaban cogidos del brazo por las pintorescas callejuelas de Gretna Green. Mirara donde mirara, el espíritu navideño estaba a plena vista. Coronas con grandes lazos rojos adornaban todas las puertas, mientras que guirnaldas de acebo y hojas perennes rodeaban farolas y escaparates.

—Oh, Bradford, ¿no es mágico?

Skye suspiró, apretándole un poco más el brazo.

—Desde luego que lo es, cariño —respondió él, dándole palmaditas cariñosas en la mano mientras caminaban—. Pero no tan mágico como tú.

Continuaron su paseo por el pueblo cogidos de la mano, deteniéndose a menudo para besarse y abrazarse con ternura.

Ella soltó un grito de alegría al doblar una esquina. Ante ellos se alzaba la famosa herrería, donde pronto intercambiarían sus votos. Ver el histórico edificio cubierto de nieve, con el humo saliendo de la chimenea, le llenó el corazón de alegría.

A medida que se acercaban, Bradford la estrechó entre sus brazos. Ella soltó una carcajada de sorpresa, mientras él la levantaba para cruzar el umbral.

—Pensé en practicar para más tarde —dijo con un guiño pícaro, antes de capturar sus labios en un beso abrasador.

Cuando por fin se separaron, sin aliento, Bradford la dejó suavemente en el suelo. Juntos se adentraron en el acogedor edificio, admirando el encanto rústico del lugar. La forja del herrero permanecía en el centro de la habitación, con el humo aún saliendo de las brasas.

—Lord Greenwich, bienvenido. Es un honor casarle a usted y a esta encantadora joven —dijo el herrero, colocándose detrás del yunque—. Tengo aquí a mi esposa y a mi hija como testigos.

Bradford tomó la mano de Skye entre las suyas, con los ojos brillantes de adoración.

—Gracias, señor. Es un honor casarnos en un lugar tan encantador.

El herrero esbozó una amplia sonrisa y señaló una pequeña mesa cubierta con un mantel blanco.

—En cuanto firmen el registro, podemos empezar.

Bradford tomó la pluma y firmó cuidadosamente su nombre, luego se la entregó a Skye y sonrió mientras ella firmaba el suyo. El herrero asintió con la cabeza antes de indicarles que se pusieran delante del yunque.

Con el calor de las brasas calentando la estancia, Bradford tomó las manos de Skye entre las suyas. La miró profundamente a los ojos y recitó sus votos, con voz segura e inquebrantable. Skye sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas de alegría mientras juraba amarlo y cuidarlo para siempre.

Cuando la ceremonia llegó a su fin y el herrero los declaró marido y mujer, Bradford levantó a Skye en brazos y la hizo girar. Los dos recién casados rieron juntos, disfrutando del resplandor de su amor.

Cuando salieron de la herrería, los habitantes de Gretna Green los recibieron con vítores y aplausos. Se besaron bajo los copos de nieve, sintiendo el calor de su amor bullir en su interior.

El viaje de regreso a Yorkshire fue para los recién casados un viaje de júbilo y nostalgia. Aunque les entristecía despedirse de la idílica Gretna Green y del viaje íntimo que habían emprendido, los corazones de Bradford y Skye rebosaban alegría por la vida que iban a construir juntos.

Mientras el carruaje avanzaba por la carretera nevada, Bradford estrechó a Skye entre sus brazos. Ella se derritió contra él, suspirando satisfecha mientras él le besaba el cuello.

—Mi hermosa esposa —murmuró contra su piel. A Skye se le aceleró el pulso al sentir el deseo en su voz.

Sus besos se acalararon y sus manos recorrieron con avidez el cuerpo del otro. Su tacto experto pronto la hizo jadear de placer.

—No puedo esperar ni un momento más —jadeó él. En respuesta, ella se apoderó de sus labios con avidez.

La pasión se encendió entre ellos mientras el carruaje se balanceaba y el paisaje invernal pasaba a toda velocidad por la ventana empañada. Llegaron juntos al clímax una y otra vez, deleitándose en su felicidad de recién casados.

Él la acercó y la besó apasionadamente. Sus lenguas bailaron, jugueteando y saboreándose

mutuamente.

—Bradford —susurró ella sin aliento, apretándose contra su forma endurecida.

—Nunca he deseado a nadie tanto como a ti —murmuró él, deslizando la mano alrededor de su cintura—. Eres tan hermosa —le susurró al oído, mientras le besaba el cuello. Ella se estremeció de placer.

Skye tiró de la cinta que sujetaba su corbata, liberándolo de sus ataduras. Él gimió cuando sus suaves manos recorrieron su pecho desnudo, dibujando cada cresta y cada valle.

—Hazme el amor, Skye —exhaló él, con voz grave y áspera.

Ella le desabrochó los calzones y se los bajó, mientras sus ojos subían para encontrarse de nuevo con los de él. Comenzó una danza lenta y sensual: labios y yemas de los dedos, respiraciones y jadeos. Volvieron a recostarse en el asiento del carruaje, con los cuerpos entrelazados, explorando el alma del otro a través del tacto. Su química era innegable; el aire se llenó del aroma de la lujuria y el anhelo.

—Feliz Navidad, mi amor —susurró ella cuando él la penetró, su cuerpo acogiéndolo con una pasión que lo dejó sin aliento.

Juntos, se movían como uno solo, perdidos en un mundo de deseo y hambre, reflejando cada gemido y empuje del otro. Y en ese momento, supieron que ese era su lugar: el uno con el otro, en ese paraíso nevado de amor.

Cuando por fin se saciaron, ella apoyó la cabeza en el pecho de él, escuchando el ritmo constante de los latidos de su corazón. Él le acarició suavemente el pelo.

—Te quiero, Skye —dijo simplemente.

Ella sonrió contra su piel, con los ojos brillantes de amor y felicidad.

—Sé que me quieres —respondió ella, con la voz apenas por encima de un susurro—. Y yo también te quiero.

Cuando Yorkshire apareció a la vista, ambos estaban saciados, acurrucados en una maraña de mantas, los ladrillos calientes a sus pies apenas mantenían el calor. Skye se alisó el pelo despeinado y Bradford se alisó la corbata, intercambiando sonrisas cómplices.

El carruaje se detuvo frente a la finca de Bradford, donde les esperaba una multitud. Rostros radiantes y gritos alegres saludaron a la pareja al bajar.

—¡Bienvenidos a casa! —gritó la madre de Bradford, abrazándolos con lágrimas en los ojos. Su padre le dio una palmada en la espalda mientras su hermana y sus amigos los rodeaban. Los padres y la amiga más querida de Skye la abrazaron con alegría antes de volverse para saludar a Bradford.

Rodeados de sus seres queridos, Bradford y Skye intercambiaron una cariñosa mirada. El futuro brillaba ante ellos, lleno de promesas.

Natalie, la hermana de Bradford, les hizo pasar al interior.

—Tenéis que entrar y contárnoslo todo.

Las mejillas de Skye se sonrojaron mientras todos los ojos se volvían hacia ella expectantes.

—¡Oh, por dónde empezar! —exclamó ella, recordando su vertiginosa aventura—. Supongo que todo empezó cuando nos quedamos atrapados por la nieve en la posada Rosewood. La tormenta de nieve fue tan repentina que estuvimos atrapados allí más de una noche.

Bradford añadió:

—Intentamos sacar el mayor partido posible, claro. Largos paseos por los jardines, jugar al ajedrez junto al fuego... Se interrumpió de forma sugerente, provocando las risitas de las mujeres.

—Todo era muy romántico —continuó Skye—. Y cuando por fin pasó la tormenta,

estábamos impacientes por llegar a Escocia. El viaje fue impresionante: los campos cubiertos de nieve se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

—Llegar a Gretna Green fue como entrar en un cuento de hadas —añadió Bradford, y sus ojos se encontraron con los de Skye—. Las pintorescas tiendas y casitas, todas decoradas para Navidad... era mágico.

La voz de Skye adquirió un tono soñador.

—Nuestra boda fue perfecta. Solo nosotros dos, intercambiando votos en esa pequeña y querida herrería. —Suspirando feliz, describió la ceremonia íntima, los aldeanos vitoreando, el acogedor banquete de boda posterior—. Creo que nunca he sido tan feliz como en aquel momento, cuando a Bradford y mi nos declararon marido y mujer —terminó ella, cogiendo la mano de su nuevo marido.

Murmillos de «¡qué romántico!» y «¡qué historia tan bonita!» resonaron entre sus seres queridos. Bradford acercó a Skye y le dio un besito en el pelo.

—La Navidad en Escocia nos ha dado el mejor regalo de todos —dijo él con cariño—: un nuevo y feliz comienzo juntos.

Los ojos de Skye brillaron con lágrimas de felicidad, con el corazón a punto de estallar.

Bradford sonrió con ternura a su nueva esposa y levantó su copa.

—Me gustaría proponer un brindis —anunció, con voz clara. La algarabía se apagó mientras todos los ojos se volvían expectantes hacia los recién casados—. Primero, por mi querida Skye. —Su mirada estaba llena de amor al mirarla—. Por tu sabiduría, tu espíritu y, sobre todo, tu buen corazón. Me has hecho el más feliz de los hombres.

Ella se sonrojó mientras estallaban aplausos y vítores. Bradford continuó cuando se calmó el ambiente.

—A nuestra familia y amigos, por vuestro amor y apoyo inagotables en este viaje. —Siguieron asentimientos y murmullos de «eso, eso»—. Y por último, a esta estación mágica. Por reunirnos de la forma más maravillosa y encaminarnos hacia la esperanza, la alegría y los nuevos comienzos. —Bradford alzó aún más su copa—. ¡Por el amor, la risa y la magia de la Navidad!

—¡Eso, eso! —coreó la sala alzando sus copas. El cristal sonó en un melodioso brindis mientras bebían.

Los ojos de Skye y Bradford se encontraron, llenos de promesas. No importaba lo que les deparara el futuro, sabían que lo afrontarían juntos, con el corazón abierto y las bendiciones de aquella Navidad tan especial como guía.

Epílogo

Un año después...

Skye se despertó justo cuando los primeros rayos del alba se deslizaban por la alcoba. Un escalofrío de emoción la recorrió al recordar qué día era: ¡la mañana de Navidad! Apenas podía contener la alegría y la expectación por el regalo que había preparado con tanto cariño para su amado Bradford.

El dormitorio de Harrington Gardens estaba inundado por el suave resplandor de la chimenea, cuyos haces de luz bailaban alegremente entre las ramas de pino y acebo que adornaban la habitación. A través de las ventanas cubiertas de escarcha, la primera luz del amanecer se arrastraba por los terrenos cubiertos de nieve, pero dentro, el fuego crepitaba inundando de calidez el hogar. El aroma de la canela y el clavo se mezclaba con la fragancia a pino del verdor navideño, evocando el espíritu de las fiestas. A lo lejos, se oía el débil sonido de los villancicos, cuyos alegres estribillos invitaban a todos a celebrar.

Tan silenciosamente como pudo, Skye salió de debajo de las sábanas para no perturbar el sueño de Bradford. Cruzó la habitación de puntillas para coger la cajita que contenía el adorno que había diseñado especialmente para él. Su corazón se llenó de felicidad al imaginar su reacción ante el regalo.

Dentro de la caja había un adorno de cristal en forma de rosa con unos detalles preciosos. Skye había elegido la rosa como símbolo del amor que sentían el uno por el otro. Había pasado horas cortando y moldeando minuciosamente cada pequeño pétalo a partir de fragmentos de cristal de colores. En el centro, había grabado dos corazones entrelazados, uno con las iniciales de cada uno. Era un auténtico trabajo de amor, impregnado de toda la creatividad, consideración y afecto de Skye por Bradford.

Apretando la caja contra su pecho, Skye volvió a la cabecera de la cama. Se inclinó y depositó un tierno beso en la mejilla de Bradford.

—Despierta, mi amor —susurró—. Es Navidad y tengo un regalo para ti.

Bradford abrió los ojos y vio a su amada Skye mirándole, con el rostro radiante de alegría. Su mente somnolienta tardó un momento en comprender que era la mañana de Navidad.

—¿Un regalo? —murmuró él—. No tenías por qué, querida.

Ella sonrió y le puso la cajita en las manos.

—Quería hacerlo. ¡Ábrela!

Bradford se sentó en la cama y estudió la caja con curiosidad. Sus dedos se detuvieron en el

elaborado lazo que ella había atado antes de quitar con cuidado la tapa. Dentro estaba el adorno más precioso que jamás había visto.

—Skye... —suspiró, levantando la rosa para admirarla a la luz de la chimenea—. Es magnífico. ¿Cómo has creado algo tan hermoso?

—Con mucho amor —dijo ella en voz baja. Señaló los pequeños corazones grabados con sus iniciales—. Este adorno representa nuestro amor, Bradford. ¿Ves cómo nuestros corazones están entrelazados para siempre?

Sus ojos se empañaron de emoción. El significado de su regalo lo inundó como una ola. Ella había puesto su corazón y su alma en aquel adorno, aquel símbolo tangible de su amor eterno.

—Lo guardaré siempre como un tesoro —declaró él, con la voz cargada de sentimiento. La estrechó entre sus brazos y la abrazó con fuerza—. Como siempre te atesoraré a ti, cariño mío. Es el mejor regalo que me han hecho nunca, y el que tiene más significado.

El corazón de Skye se llenó de felicidad al saber lo mucho que su regalo significaba para él. Se acurrucó felizmente en sus brazos, sabía que esta era solo una de las Navidades felices que compartirían durante toda la vida.

Skye miró a Bradford, con sus ojos azules resplandecientes de amor y emoción.

—Tengo una sorpresa más para ti —susurró ella.

Él enarcó una ceja.

—¿Otro regalo? Me mimas demasiado, mi amor.

—Este es un regalo que compartiremos los dos —dijo ella, cogiéndole la mano y colocándola suavemente sobre su vientre aún plano—. Vamos a tener un bebé, Bradford.

Bradford abrió los ojos de par en par y se le cortó la respiración.

—¿Un bebé? —se atagantó—. ¿En serio?

Skye asintió, con lágrimas de alegría en los ojos.

Con un grito de alegría, la levantó y la hizo girar. Sus risas resonaron en las paredes del dormitorio. La dejó suavemente en el suelo y le acarició el rostro, mientras el suyo estaba iluminado por el asombro y la alegría.

—Un hijo nuestro —murmuró—. La prueba de nuestro amor.

La atrajo hacia sí para besarla apasionadamente, volcando toda su alegría en aquel momento perfecto.

Ella correspondió a su ardor, fundiendo su cuerpo contra el suyo. Tanteó los cierres de su camisón y le besó el pecho esculpido. Bradford gimió, con el deseo ardiendo en su interior. La levantó sin esfuerzo y la tumbó en la cama; su boca se volvió a encontrar con la de ella en un beso abrasador.

Se desnudaron rápidamente y sus manos recorrieron hambrientas la piel desnuda. Bradford adoraba cada centímetro del cuerpo de Skye, con caricias suaves pero apasionadas. Ella se arqueó hacia él con un gemido ahogado, deseando más su tacto, su sabor, su calor.

Por fin se unieron, y sus jadeos y gritos de placer resonaron por la alcoba. Él se comportaba con mucha ternura incluso cuando su pasión los abrumaba a ambos. Una oleada tras otra de felicidad la invadió mientras se movían como uno solo.

Después, yacieron entrelazados, con sus corazones acelerados y los miembros enredados en las sábanas. Completamente agotados pero profundamente satisfechos, se besaron lánguidamente mientras el sol de invierno los bañaba con su resplandor dorado.

Los brazos de Bradford la rodearon, estrechándola contra él. Un suspiro de satisfacción escapó de los labios de Skye. Después de hacer el amor apasionadamente, se sentía completamente saciada, con el cuerpo agradablemente dolorido en todos los lugares adecuados.

Él le dio un beso en la cabeza y le acarició la espalda con los dedos.

—Me atrevería a decir que ha sido la forma perfecta de celebrar nuestra noticia, mi amor — murmuró él.

Skye sonrió y alzó el rostro para mirarlo.

—Eso parece. No se me ocurre mejor regalo de Navidad que el que hemos recibido.

Se puso una mano en el vientre, maravillada.

—Piensa que para la próxima Navidad tendremos un pequeñín con el que compartir todas las tradiciones navideñas —dijo él, con la voz llena de asombro y emoción.

—¿Has pensado algún nombre? —preguntó Skye—. ¿Para niño o para niña?

—Mmm... —Bradford reflexionó un momento—. Quizá Charles para niño, como mi padre. Y Charlotte para niña, un guiño al nombre de tu madre.

Skye arrugó la nariz juguetonamente.

—¿Charles y Charlotte? Suenan bastante anticuados.

Bradford se rio.

—Tienes razón, querida. Tendremos que pensarlo mejor.

Bradford le hizo cosquillas en las costillas, provocándole una carcajada.

Sus bromas juguetonas pronto volvieron a convertirse en tiernas caricias y Skye supo que, independientemente de las aventuras que le esperaran, con Bradford a su lado podría capear cualquier temporal.

Suspiró satisfecha mientras se acurrucaba en el abrazo de su esposo. Su alegre debate sobre posibles nombres para el bebé le había llenado el corazón de alegría. Aunque solo hacía unas horas que conocían la inminente llegada del bebé, Skye ya se sentía embargada de amor por la nueva vida que habían creado juntos.

Se puso una mano sobre el vientre e imaginó los meses que se avecinaban, imaginándose hinchada con el niño mientras las nieves del invierno daban paso a las flores de la primavera. Sabía que Bradford estaría allí en cada paso del camino, ofreciéndole su apoyo constante y su devoción incondicional.

—¿En qué estás pensando, cariño? —murmuró Bradford, apartándole un mechón de pelo de la frente.

—Estoy soñando sobre nuestro futuro —respondió ella, mirándolo a los ojos—. Imaginando los primeros pasos de nuestro hijo, sus primeras palabras... su primera Navidad.

Él sonrió, arrugando las comisuras de los ojos.

—No puedo esperar a vivir todos esos momentos contigo. Se inclinó hacia ella y la besó con ternura.

Ella se perdió en su abrazo, disfrutando de su cercanía.

Bradford la abrazó, acariciándole con ternura la espalda y la cadera.

—No sé lo que me deparará el futuro, pero sé que mi futuro está contigo —murmuró él.

Ella alzó el rostro para mirarlo, y una promesa silenciosa se deslizó entre ellos. Pasara lo que pasara, lo afrontarían juntos. Ella recostó la cabeza y se relajó en su abrazo. El mañana traería sus propias aventuras, pero por el momento, Skye se contentaba con descansar en los brazos de su esposo. Su amor había florecido en las circunstancias más inverosímiles, pero sabía que era un regalo que atesoraría para siempre.

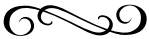
extracto



La Navidad trae complicaciones imprevistas para el Duque de Cleburne y Lady Juliet Gale. El Duque de Cleburne, Giles Fortescue, lleva años perfeccionando su posición de pícaro. Cuando llega a la biblioteca para una cita y confunde a una dama con otra, todo su arduo trabajo se desmorona. Ahora se enfrenta a la soga del párroco. Cuando un lord endiabladamente apuesto besó a Lady Juliet Gale, ella supo que debía detenerlo. Ciertamente, no debería haber envuelto sus piernas alrededor de su cintura. Pero nunca antes le había sucedido nada tan emocionante. Ahora ella pagará por su transgresión.

¿Se rendirán al destino o lucharán contra él?

Capítulo 1



Mayfair, Inglaterra
12 de diciembre de 1811

Lady Juliet Gale estaba cerca de las macetas de helechos en el baile de Navidad de su querida amiga Olivia, la duquesa de Thorne. Su mirada se detuvo en la pista de baile, donde parejas vestidas de verde oscuro, rojos vibrantes, dorados, variedades de azules y plateados bailaban la cuadrilla. La luz de las velas iluminaba sus joyas (o era al revés) y brillaba en el enorme espacio.

Sumado a los lazos de vegetación que Olivia había colocado alrededor de la habitación, el escenario ciertamente era festivo. Todos los que eran alguien parecían estar en la habitación; todos lucían sonrisas, y su conducta reflejaba alegría y buen humor.

Juliet bajó su abanico de seda cuando su mirada se encontró con la de Olivia.

—Te superaste a ti misma.

Olivia le devolvió la sonrisa.

—William me dijo que no escatimara en gastos para una velada tan especial. Quería la perfección y me atrevo a decir que la conseguí. Las chicas son un éxito rotundo.

William y Olivia se habían casado el año pasado y, en el proceso, Olivia se había convertido en madre y hermana de los tres hermanos menores de él. Esa noche era el baile extraoficial de presentación de las dos hermanas mayores: Lady Catherine y Lady Louisa.

Juliet golpeó el brazo de Olivia con su abanico de manera juguetona.

—¡Vaya!, sueñas engreída. No hay nada como darse una palmadita en la espalda.

Olivia resopló un suave suspiro, aunque no estaba en lo más mínimo escaldada.

—No hay necesidad de estar celosa —replicó con un tono burlón.

Juliet volvió su atención a las parejas de baile, y su mirada encontró a Louisa y Catherine. Llevaban vestidos de seda, que les sentaban muy bien; uno era en plata y el otro en azul hielo, adornados con perlas y encaje. Las chicas parecían divertirse y, ciertamente, estaban atrayendo mucha atención por parte de los caballeros. En ese sentido, Olivia tenía toda la razón y a Juliet la emocionó presenciar el resultado.

Volvió su atención a Olivia.

—Solo estaba bromeando. Honestamente, tienes todo el derecho a estar satisfecha contigo misma. Parece que Louisa y Catherine son un éxito.

—Así es —acordó Olivia—. Estoy planeando un salón lleno de pretendientes por la mañana.

Juliet tomó una copa de champán de manos de un lacayo que pasaba.

—Y, bueno, deberías. Apostaría a que ambas tienen ofertas de matrimonio al final de la temporada. —Se llevó la copa a los labios y tomó un copioso trago mientras se preguntaba si alguna vez llegaría su turno. A los veinticuatro años, la mayoría de sus compañeros la consideraban pasada su mejor momento y, sin duda, iba hacia la soltería.

Olivia volvió su mirada comprensiva hacia Juliet.

—No te preocupes: tu príncipe azul llegará. —Hizo un gesto con la mano a la multitud de señores y señoras—. Quizás él está aquí ahora, y solo tienes que encontrarlo.

—No me preocupo —expresó Juliet. Se llevó la copa de champán a los labios para tomar otro poco mientras terminaba la música y las parejas empezaban a salir de la pista de baile.

No pudo evitar notar cómo la pareja de Catherine la estaba conduciendo hacia el balcón. Él tenía su mano descansando sobre la de ella, donde sus dedos se enredaban sobre su brazo y le sonrió mientras atravesaban la habitación. Quizás la niña ya había encontrado a su futuro esposo.

—Me atrevería a decir que parecen enamorados —señaló Juliet, sin apartar la mirada de la pareja.

—Será mejor que los acompañe —comentó Olivia—. Desde la distancia, por supuesto. Luego partió apresuradamente para seguir a Catherine y a su pretendiente.

Después de haber terminado su champán, Juliet dejó la flauta vacía en la bandeja de un lacayo que pasaba y buscó a su otra amiga, Emma. Su humor, generalmente alegre, se volvió más amargo cuando la vio en los brazos de su esposo. No la envidiaba. Al contrario, la llenaba de alegría la felicidad de su amiga.

Aun así, no pudo evitar sentirse un poco excluida. Quizás, incluso, abandonada hasta cierto punto. Las tres, Emma, Olivia y Juliet, habían sido las amigas más cercanas; un trío de floreros en las fiestas, que siempre se hacían compañía y se animaban mutuamente. Ahora ella estaba sola. Por lo menos, en su mayoría sola, y deseaba mucho su felicidad para siempre con un caballero apuesto.

Juliet suspiró mientras cruzaba el salón de baile hacia el pasillo. No estaba realmente sola, y era injusto por su parte pensar de esa manera. Emma y Olivia todavía la incluían de todas las formas posibles. Las tres seguían siendo amigas íntimas y confidentes leales. Y, lo más importante, a Juliet le agradaba que sus amigas hubieran encontrado el amor. Esa noche simplemente estaba deprimida y, como resultado, estaba siendo injusta. Olivia tenía razón: Juliet encontraría el amor. Aunque dudaba mucho que sucediera esa noche. Tenía que ser paciente. Y, si sus amigas fueran un indicio, la espera de su propio príncipe azul valdría la pena.

Sí, mantendría la esperanza pero, mientras tanto, buscaría un poco de soledad. Una media hora lejos del resplandeciente salón de baile y de las parejas sonrientes sin duda la ayudarían a mejorar su estado de ánimo. Cuando reapareciera, sería su yo alegre habitual.

Juliet salió y se dirigió a la biblioteca. Seleccionaría un nuevo libro para leer y, una vez que despejara su mente, volvería al salón de baile.

Nadie echaría de menos a un florero perdido.

De eso estaba segura.

* * *

Giles Fortescue, duque de Cleburne, lamentó su asistencia a ese maldito baile. Nunca había disfrutado de tales eventos y, por eso, hacía todo lo que estaba en su poder (y consolidaba una cantidad considerable) para evitarlos.

En las raras ocasiones en que fracasaba, se refugiaba en la sala de juegos o entre los muslos de una viuda dispuesta. Lamentablemente, habría poco de eso esa noche. Ya había estado allí

varias horas y había bebido una copiosa cantidad de licor. Sin embargo, permaneció en el salón de baile, como había pedido Thorne.

Echando un vistazo por el salón, vio a su amigo de toda la vida conversando cómodamente y se preguntó si podría escabullirse un poco sin previo aviso. Sin duda, Thorne no le regañaría un pequeño respiro. Después de todo, era muy consciente de la aversión de Giles por esas cosas.

Una sonrisa curvó sus labios ante el pensamiento, y buscó por la habitación a una dama con la que distraerse. Su mirada no encontró nada más que las sonrisas inocentes de las debutantes y los ojos apreciadores de las mamás casamenteras.

Todo eso era suficiente para hacer que a alguien se le erizara la piel. Y se preguntó por milésima vez por qué había permitido que Thorne lo metiera en eso.

Giles sacó la petaca de su abrigo y tomó un largo trago del brandy que había dentro. Quizás, si se emborrachaba lo suficiente, Thorne lo liberaría de su obligación. Al menos, encontraría el baile más tolerable. Independientemente, estaba camino a embriagarse y no tenía intención de reducir la velocidad.

Giles simplemente no era una buena compañía. No pertenecía a un baile de presentación lleno de mujeres inocentes. Thorne nunca debería haberlo asediado para que asistiera. Ciertamente, no debería haber pedido que Giles permaneciera en el salón de baile.

¿Por qué diablos había permitido que Thorne lo convenciera para que asistiera al baile de su hermana, en cualquier caso? Giles debería haber declinado. No era el tipo de hombre que agregaba prestigio a un evento así y, ciertamente, no era el tipo de hombre que ayudaría a las chicas. En todo caso, su presencia allí perjudicaría las posibilidades de ellas de encontrar parejas adecuadas, y Thorne lo sabía muy bien. Giles era bien conocido por ser un pícaro. El hecho de que fuera duque solo le permitía más libertades. Podía empañar la reputación de una dama simplemente bailando con ella.

Aun así, Thorne era el amigo más antiguo y cercano de Giles. Apenas había podido rechazar su invitación. Tampoco podía cautivar a ninguna de las mujeres inocentes que pululaban por el salón de baile.

No había nada que hacer; estaba allí y haría todo lo posible por cumplir los deseos de Thorne. Seguramente, podría sobrevivir a una noche de debutantes. Tomó otro largo trago de brandy antes de tapar su petaca y cerrar los ojos.

—Es un placer encontrarte aquí —ronroneó una familiar voz femenina cerca de su oído.

Una sonrisa pícaro curvó sus labios porque parecía que su suerte estaba mejorando.

—Lady Lambert —dijo mientras abría los ojos para saludar a la viuda.

Ella sonrió levemente, con una mirada llena de invitación.

—Ha pasado algún tiempo, Su Gracia.

—Así es —concordó él. La última vez que la había entretenido había sido varios meses atrás. Quizás hacía un año—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?, ¿un año?

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—No podría decirlo.

La expresión severa de su rostro delataba su fingida indiferencia, y recordó por qué había terminado la aventura: se había vuelto demasiado serio, incluso un poco territorial. Apostaría a que ella sabía hasta la hora respecto de cuánto tiempo había pasado desde que se había acostado con ella. Independientemente de eso, ella era justo la distracción que necesitaba esa noche. Le pasó el dorso de un dedo por la mejilla y le preguntó:

—¿Me has echado de menos? —Se inclinó y agregó—: ¿Kitty?

La pasión brilló en la mirada de la mujer.

—Encuéntrame en la biblioteca en veinte minutos, y me esforzaré por mostrarte exactamente cuánto. —Le dio unos golpecitos en el pecho con el abanico de seda—. Te prometo que no te decepcionaré. —Kitty giró, y luego huyó envuelta en una ola de faldas escarlata, balanceando las caderas en invitación.

Giles esperó unos minutos, y luego rodeó el perímetro del salón de baile antes de salir. Mientras se dirigía a la biblioteca, bebió un sorbo de su petaca. Un poco más de brandy y una mujer dispuesta lo ayudarían. Después de su pequeña cita, volvería al baile y le brindaría a Thorne todo su apoyo.

Por lo que eso pudiera valer.

Agradecimientos

Gracias por tomarte el tiempo para leer «Escandalizada por el beso de un canalla»

¡Tu opinión cuenta!

Por favor, dedica un momento a reseñar el libro en tu página de reseñas favorita y comparte tu opinión con los demás lectores.



Autora bestseller de *USA Today*



~Romances históricos conmovedores que te dejan sin aliento~